

LAS CARTAS EN LA HISTORIA DE ALEJANDRO MAGNO DE QUINTO CURCIO RUFO COMO ELEMENTO LITERARIO DE CRÍTICA POLÍTICA*

Jaime Alberto Palacios Mahecha

Universidad Nacional de Colombia — Bogotá

jaimepalacios.jaime@gmail.com

El conjunto de cartas que se encuentra en el texto *Historia de Alejandro Magno*, de Quinto Curcio Rufo, no responde exclusivamente a necesidades de la trama de la narración, sino que estas composiciones tienen un sentido complejo de crítica política en el plan general de la obra. Por ello se demuestra cómo los episodios en los cuales se incluyen las cartas tienen profundos y sutiles nexos entre sí, pues soportan una parte de la estructura general del texto, y poseen una fuerte función ideológica, que parte de lo efectista, pero que siempre recuerdan la función crítica de la escritura en una época de abierta o velada censura imperial.

Palabras clave: cartas; crítica política; ideología; Alejandro Magno; Quinto Curcio Rufo; *Historia de Alejandro Magno*.

THE LETTERS OF QUINTUS CURCIUS RUFUS IN THE HISTORY OF ALEXANDER THE GREAT AS A LITERARY ELEMENT FOR POLITICAL CRITICISM

The group of letters written by Quintus Curtius Rufus, found in the *History of Alexander the Great*, does not respond merely to the needs of the plot: these compositions take on a complex meaning of political criticism within the overall plan of the work. Hence we demonstrate that in the episodes in which the letters are present, profound and subtle interconnections arise between them, since they support part of the general structure of the text; they also fulfill an important ideological function, which begins from an emphasis on the effects, but always recalls the critical function of writing at a time of open or disguised imperial censorship.

Keywords: Letters; Political Criticism; Ideology; Alexander the Great; Quintus Curtius Rufus; *History of Alexander the Great*.

* Agradezco a la profesora Isabel Moreno y al profesor José Carlos Fernández Corte, de la Universidad de Salamanca, por sus comentarios y críticas.

1. *Plura transcribo quam credo*: entre historiografía y novela

UNA DE LAS CRÍTICAS COMUNES cuando se valora la obra de Quinto Curcio es la supuesta ligereza con la que incluye en su obra una serie de hechos que, en sentido estricto, nadie se atreve a considerar históricos. De hecho, actualmente pocos se arriesgan a considerar las *Historiae* como una fuente de conocimiento rigurosamente histórico para conocer los hechos relativos a las campañas de Alejandro Magno en Oriente¹.

La idea de suponer que un individuo, al que conocemos bajo el nombre de Quinto Curcio Rufo (*cf.* Tarn 1948a y Bardon 1947a)², pretende escribir, con rigor científico, acerca de unos hechos acaecidos varios siglos antes de su vida, como si hubiera estado presente, nos remite más bien a la presencia de una mentalidad pseudopositivista de cierta crítica que, en lugar de posibilitar lecturas del texto, las restringe. Desde la perspectiva hermenéutica, la obra no es un correlato equivalente y perfecto de la realidad social, sino una interpretación que supera la tradicional idea de reflejo, y que construye un mundo propio susceptible de exégesis. De lo anterior, parece hoy que la preocupación exclusiva por encontrar si son o no equivalentes

- 1 En este punto, el libro de Pearson (1960) sigue siendo una herramienta apropiada para aproximarse a las fuentes que narraron los hechos de las campañas de Alejandro Magno.
- 2 El problema de intentar, a priori, datar la obra (*cf.* Devine) a partir de informaciones extratextuales (*cf.* Milns), bajo la época de un emperador en concreto, parece hasta hoy irresoluble (*cf.* Hamilton). Lo cierto es que el ambiente general de la obra señala hacia la Época Imperial, puesto que precisamente de este hecho se extrae un mayor número de sentidos posibles, como las interesantes conexiones entre Alejandro y algún despótico César. De ahí que Curcio propone “presumiblemente en época Julio-Claudia, un modelo de déspota cuyas vinculaciones con César eran de todos conocidas” (Fernández y Moreno 55). De igual forma, el marco general del período ha sido descrito como un momento privilegiado para la mezcla de historia y biografía, debido al hecho de que “una figura única detentara el poder durante largo tiempo conducía a identificar Estado con emperador” (Moreno 1987, 72). Antes que emprender una hipotética e imposible biografía del autor, estos dos elementos sociales son fundamentales en los planteamientos de este ensayo.

los hechos del texto con aspectos históricos de las campañas de Alejandro Magno es más bien una preocupación que puso en ella cierta tendencia crítica, y que ello debe ser replanteado a partir de un nuevo enfoque acerca de lo que se considera o no histórico, un aspecto cuestionado durante las últimas décadas. Con ello no quiero llegar al extremo de decir que ninguno de los datos que aporta el texto sea fiable³, en tanto lo es la fuente de donde provienen, sino que mi enfoque apunta más a ver cómo esa información se somete a la intención de presentar un relato no sólo verosímil sino agradable y, más aún, conectado más con la historia que sucede en Roma que con la de Alejandro mismo (*cf.* Thérasse 1968)⁴.

A lo largo de este ensayo demuestro, por medio de las cartas, que Curcio orienta la construcción de la trama hacia la búsqueda de un relato coherente y efectista, antes que cronológico, en el que prefiere el encadenamiento narrativo de unos pasajes con otros a la sucesión cronológica de los hechos históricos. Ello sucede no por alguna incapacidad de síntesis histórica del narrador, como algunos incluso han llegado a señalar, sino que se produce más bien bajo los efectos de una intención (*cf.* McKechnie) e integración ideológicas⁵.

En este sentido, el muy conocido pasaje de 9.1.34, “Equidem plura transcribo quam credo: nam nec adfirmare sustineo, de quibus

-
- 3 Me alejo también del otro extremo, representado en Bosworth (1980), quien llegó a preferir a Curcio sobre Arriano para conocer históricamente algunos episodios de las campañas de Alejandro, una actitud también exagerada.
 - 4 La obra presenta un deslinde claro con relación a la visión histórica de los hechos, que puede relacionarse con un rasgo socioeconómico de la época, ya que, al comienzo de nuestra era, “la mayor riqueza y su distribución en las diferentes capas de la vitalista sociedad del siglo I genera una nueva demanda de productos —para ‘educar’, e ‘instruir’; como simple deleite de la intelectualidad ociosa” (Moreno, *Historiografía* 11).
 - 5 Un ejemplo claro de ello es el pasaje en que el narrador nos cuenta que Darío se entera de la mala salud de Alejandro —un hecho que nunca pudo suceder en la realidad (dadas la distancia entre uno y otro, la breve duración del trance y la casi imposible fuga de esa información)— sólo para que narrativamente se pueda pasar a los hechos relativos al rey persa sin ejecutar un cambio brusco (3.7.1), y sin violentar la coherencia del relato, como bien lo ha visto McQueen (29).

dubito, nec subducere, quae accepi”⁶, nos remite al momento exacto en el que el narrador llega al punto de su escritura, en el cual reflexiona acerca del valor histórico de las fuentes que usa y acerca de esa presunta verdad de los hechos que ellas transmiten. Curcio, como la crítica posmoderna, como nosotros, se pregunta: ¿Qué es lo real? ¿Puede ser entendido como histórico aquello que nos transmiten las fuentes literarias teniendo en cuenta la cantidad de mediaciones que intervienen en ellas?⁷

Al margen de intentar responder las preguntas anteriores, sí se puede suponer que es cierta educación aquélla que permite al autor convertirse en el buen narrador que es. No es difícil pensar que Curcio está influido de forma significativa por la escuela retórica (cf. Bosworth 1983), según la cual entiende su trabajo como un *exornator rerum*, esto es, “embellecedor de acontecimientos”. Para empezar un breve catálogo de correspondencias, podría señalar, por ejemplo, la innegable influencia estructural de la historiografía helenística en cuanto a su concepción de la obra⁸. En principio, toma de esta tradición, para conseguir determinados efectos, el uso de esa especie de *collage* narrativo⁹ que surge al mezclar diferentes tipos de discursos: descripciones de batallas, discursos como tales (cf. Tarn 1948c), varios tipos de cartas, coloridas máximas¹⁰, amplias descripciones

6 “La verdad es que yo transcribo más cosas que las que en realidad creo, pues ni puedo afirmar cosas de las que dudo ni pasar por alto las que me han sido transmitidas”. A menos que se especifique lo contrario, todas las traducciones de los textos de Quinto Curcio Rufo son de Pejenaute Rubio, en la edición de Gredos.

7 El historiador M. I. Finley tampoco es ajeno a la crisis de lo histórico y se hace también este tipo de preguntas cuando reflexiona acerca del alto grado de ficción que existe en textos considerados por mucho tiempo como verdades intocables: significativo hecho que sucede por los años en que muchos investigadores dejan de hacer los mencionados reproches a la obra de Curcio.

8 Para los historiadores helenísticos, la obra era concebida como un solo cuerpo en el que había que “insérer de nombreux discours, des lettres, des descriptions; et la plupart d’entre eux ont beaucoup use du pathétique” (Bardon 1947c, 219).

9 Como influencia de la llamada “declamatory tradition” (Atkinson 1998, 3473).

10 Y que, al mismo tiempo, le permitieron ejercer una labor moralista, creando frases universales a partir de hechos particulares de un hombre ejemplar,

de parajes exóticos, etc.; todo ello con un clarísimo sentido de la proporción y el efecto que aluden a la meditada búsqueda de cierta estructura narrativa¹¹. De ahí también, por ejemplo, que cuando Curcio narra algo con detalle, ese algo debe sobrepasar lo corriente, y ello presenta nuevas facetas que se orientan en el sentido del plan general de la obra¹².

De igual forma, hay en Quinto Curcio algo que puede llamarse “voluntad dramática de concentración”, que aparece cuando narra muchos pasajes (como el patético fin de Darío, la cruel muerte de Filotas o la marcha por el desierto de Gedrosia). Ello nos demuestra que el narrador prefiere la puesta en escena de episodios cargados de fuertes emociones en los que nunca pierde la oportunidad de elaborar un análisis de los caracteres que entran en juego. De lo anterior se desprende que Quinto Curcio es un hábil narrador que procura la atención del lector sobre ciertos episodios en particular, que en su texto toman un realce especial, muy superior al que ellos pudieran tener en realidad si los comparamos con aquello que narran otras fuentes. Así, el narrador se deja seducir por esos episodios y nos seduce por medio de ellos. Este tipo de pasajes parecen pequeños relatos que le dan fuerza y sentido al relato central, y que por sí mismos se presentan en forma acabada¹³. Es en el marco de

como Alejandro, tal como lo señaló McQueen (30).

- 11 “La habilidad compositiva de Curcio destaca en el equilibrio de los momentos de máxima tensión, que siempre adquieren un punto culminante en los finales de cada uno de los libros, y en el estudiado paralelismo con que marca la división general del relato en las dos péntadas cerradas con los dos principales episodios de la obra: la muerte de los dos principales actores de la conquista de Asia, Darío (v) y el protagonista (x)” (Moreno 1997, 534).
- 12 De esta idea se deriva, por ejemplo, el hecho de que la escritura de Curcio no termina con la muerte de Alejandro sino con la descripción de una especie de guerra civil entre unos Diádocos que, no por casualidad, parecen más romanos que macedonios.
- 13 Bardon ha hecho una interesante selección de los más significativos: “au L. 3, le dénombrement des troupes perses, le médecin Philippe, la bataille d’Issus ; au L. 4, le siège de Tyr, l’oracle d’Hammon, la bataille de Gaugamèle; au L. 5, les prisonniers suppliciés, le conseil de guerre de Darius; au L. 6, la sédition des Macédoniens, la reine des Amazones, le procès de Philotas; au L. 7, le procès d’Amyntas, le banquet de Bessus, l’ambassade de scythe; au L. 8, la mort de

esta gran intención —la búsqueda de un efecto, al modo del conocido polvillo de oro de Valéry— donde encontramos el particular uso de las cartas, que aparecen en lugares estratégicos de la *fabula* y que se convierten en elementos fundamentales de la trama.

El método que nos llevó a las conclusiones anteriores es sencillo. En primer lugar, sabemos que hay ciertas particularidades compositivas en la obra de Quinto Curcio que la hacen atractiva y entretenida: aquellas que Albrecht llama, con razón, “desviaciones literariamente condicionadas” (998), y que pueden rastrearse mediante la comparación y análisis con aquello que nos narran fuentes como Diodoro (*cf.* Tarn 1948b), Plutarco, Arriano o incluso el pseudo Calístenes. En segundo lugar, es bien conocido que existe una fuerte influencia literaria, que se nota, sobre todo, en el tratamiento que hace Curcio de ciertos temas. En ese sentido, puede decirse que en la elaboración literaria “actúan como padrinos Heródoto, Salustio, Livio y Virgilio” (Albrecht 999). Así pues, el análisis de fuentes, en relación con ciertos episodios de las campañas de Alejandro, junto con una lectura en el marco de las innegables influencias literarias griegas y latinas, que luego se encuadra en los marcos de la tradición literaria (*cf.* Fernández Corte 1987), la preceptiva epistolográfica (*cf.* Suárez de la Torre 1988a y Castillo), la retórica (*cf.* Suárez de la Torre 1988b) e incluso el diálogo (*cf.* Gallé Cejudo), me permitió llegar a una interpretación de un sentido posible al que señalan las cartas, de la forma como dicen lo que dicen, y de por qué generan unos efectos y no otros en el lector.

2. Epistolografía y ficción

Partiendo de lo posible, se puede suponer que en realidad existió una serie de correspondencia que podríamos llamar diplomática entre las cancillerías de Darío y Alejandro, o al menos un

Clitus, l'affaire Callisthène, le complot des pages, la bataille de l'Hydaspe; au L. 9, le renouveau des mouvements séditions à l'armée, la prise de la place forte des Sudraques, la marée; au L. 10, les nouveaux troubles chez les Macédoniens d'Alexandre, la mort du roi” (1947c, 193).

intercambio de embajadas antes o después de las principales batallas de la conquista del Imperio persa¹⁴. Lo cierto es que no se ha conservado ninguna carta relativa a estos hechos, y que muchas de las composiciones de este tipo referidas a la Corte de Alejandro tienen un altísimo componente de ficción, ya que no hay ningún testimonio literario a este respecto que pudiera considerarse estrictamente original (cf. Fernández Galiano). De lo anterior puede sostenerse que los supuestos diarios o epistolarios, que algunas fuentes mencionan acerca de los hechos de Alejandro, pueden ser vistos como tardías falsificaciones (cf. Pearson)¹⁵. Ahora bien, en el caso de que azarosamente se hubiera conservado alguna composición original de este tipo, probablemente sería muy distinta de lo que leemos en Curcio, para quien el problema es de carácter literario y persuasivo antes que histórico¹⁶.

La ficcionalización empieza desde los hechos históricos y atraviesa los contextos de escritura de los textos. Como fruto de todo ello, tenemos noticias de una gran cantidad de colecciones de cartas (cf. Malherbe) que solían circular publicadas bajo el nombre de Alejandro y que más bien pueden ser consideradas como epistolarios empleados en las escuelas de retórica (cf. Pearson 243). Estas colecciones, a su vez, daban lugar a nuevas cartas producidas en los ejercicios de las escuelas, y así se produjo una serie continua (cf. Antón). En este sentido, nuestra fuente principal para tener

14 Aunque sea irrelevante discutir el número de estas embajadas (cf. Seibert 102), parece incontrovertible su existencia.

15 Entre las más interesantes colecciones que el lector podrá rastrear, está aquella colección epistolar que los investigadores han visto como el fundamento compositivo de *La vida y hazañas de Alejandro Magno* del pseudo Calístenes (cf. García Gual 40).

16 Desde el punto de vista de la ficción, con un narrador como éste, lo interesante consiste en que: “Quinte-Curce a écrit une histoire *vrai*, *vrai* dans sa perspective, sinon toujours exacte dans son détail” (Bardon 1947b, 134). Si bien esto se dijo en otra época para defender una concepción de la historia, hoy podemos citarlo para notar la importante carga de ficción del texto. De ahí que la pregunta que un crítico podría haberse formulado hace algunos años hoy nos parezca ya fuera de lugar: “whom to believe, Arrian or Curtius?” (Heckel 1978, 460).

acceso a lo que pudieron ser estas colecciones sigue siendo Plutarco, quien constantemente nos cita cartas relativas a Alejandro porque probablemente estaba familiarizado con una o varias de estas colecciones que hemos señalado (*cf.* Pearson 258)¹⁷. De este hecho, bien documentado, se deriva un elemento importante para aquello que examino aquí: uno de los asuntos principales que entra en la construcción de las cartas es la propia tradición literaria y escolar, razón por la cual a ella hay que recurrir para buscar las imágenes, los tópicos o los argumentos que usa Curcio, y ver así, en perspectiva, el sentido de su escritura.

3. Alejandro y los Césares. Filipo, Sísenes y Caridemo: los contrapesos narrativos

3.1. Carta de Parmenión a Alejandro (3.6.4)

La primera de las cartas está cerca del comienzo de lo que se conserva de la obra, de la que se perdieron los dos primeros libros. Como situaciones significativas previas en ese mismo libro, podemos citar el episodio del nudo gordiano (3.1.11) y la ejecución del ateniense Caridemo, tráfuga refugiado en el bando de los persas¹⁸, por causa de un exceso de sinceridad hacia Darío (3.2.10), hechos que se estudian más adelante en relación con un posible sentido de la carta.

La primera situación que condiciona la interpretación es la pérdida de los dos primeros libros de la obra. Este hecho hace que la imagen que podemos formarnos de la relación entre Parmenión y Alejandro se nos ofrezca a partir de otras fuentes literarias¹⁹. En el caso de Curcio, y si hemos de suponer que en estos libros se habla de

17 Hasta tal punto llega su familiaridad que nos transmite las noticias de una carta de Filóxeno a Alejandro en la que lo pone al corriente de las últimas posibilidades en el mercado de bellos muchachos.

18 A propósito de la discusión acerca de “Persas” o “Partos”, véase Rufus Fears (1974a).

19 Por ejemplo, y siguiendo la tradición de Diodoro Sículo (Plutarco y Diodoro Sículo 1986) en su *Biblioteca histórica* (17.5.2), Parmenión se mostraba totalmente leal a Alejandro.

la *paideia* de Alejandro, y de las hazañas que ya desde niño emprende, la importancia de Parmenión puede ser mínima en estos dos libros de la obra. Por el contrario, si suponemos que una gran parte de estos libros se encuentra dedicada a hablar de la eliminación de todos los demás aspirantes al trono de Macedonia luego del asesinato de Filipo o a la organización de Macedonia y de su ejército, o que trataba incluso de los nuevos territorios anexionados de Grecia, entonces el papel de Parmenión en estas acciones es importante.

Al margen de intentar establecer de qué trataban estos dos libros²⁰, parece suficiente anotar que, por poco o mucho que se hablara allí de los problemas de la sucesión y de la organización del nuevo gobierno, este tipo de situaciones comprobaron a Alejandro la fidelidad de unos y otros con relación a su gobierno. Dos cosas parecen claras por el desarrollo que toma el episodio completo en el que está referido el hecho de la carta: o bien que la fidelidad del médico Filipo a Alejandro ya había sido ampliamente comprobada, o bien que al menos la lealtad de Parmenión hacia Alejandro no es lo suficientemente firme.

En cuanto a lo que sí sabemos con certeza a partir del texto conservado, podemos decir que nos hemos encontrado (tan sólo algunos apartados atrás en la obra) con la figura de un ateniense, Caridemo, que había sido eliminado por orden de Darío al decirle la cruda verdad acerca de su ejército endeble y del correcto uso que debería hacer de los recursos económicos, esto es, buscar mercenarios que pudieran medirse con algo de experiencia a la diestra falange del ejército macedonio (3.2.11-16). En este sentido, el único error de Caridemo fue proponer a Darío el reclutamiento de tropas para tener una batalla en igualdad de condiciones: el error que le lleva a la muerte es la sinceridad con el déspota.

Teniendo estos elementos en cuenta, vayamos ahora al estudio del episodio en el que se encuentra esta primera carta. Hay en todo

20 Aunque interesante como curiosidad, el contenido de la reescritura de estos dos libros, por algún imaginativo editor del Renacimiento, es irrelevante para el propósito del ensayo.

el pasaje un tono artificioso que hace parecer que nos encontramos con un hecho de ficción, narrado para poner de relieve otras situaciones, antes que con un acontecimiento histórico perteneciente a las campañas de Alejandro en Asia. Resumo ahora el episodio completo en el que encontramos la carta: Alejandro ha caído enfermo por unos baños fríos y el único que se ofrece a curarle es el médico Filipo, sobre quien ha recaído una acusación, escrita por Parmenión, de haberse vendido al bando persa. En la versión de Curcio, la denuncia se hace de forma escrita (a diferencia de la versión de Plutarco, por ejemplo, en la que la denuncia es verbal, o a diferencia de la versión de Diodoro²¹, en la que no aparece ninguna delación de Parmenión pero sí una de Olímpide, no en contra de Filipo [17.32.1] sino contra Alejandro Lincestes), pues nos cuenta que Parmenión se halla ausente al habersele enviado por delante hacia Tarso para que la ciudad no fuera destruida por sus propios habitantes (3.4.14-15).

Para Curcio, la situación de que Alejandro caiga enfermo es la excusa perfecta para poner en marcha una serie de mecanismos narrativos orientados hacia la creación de un efecto y una atmósfera particulares. Es significativa la forma en la que narra el mismo hecho el pseudo Calístenes, que no se detiene en la enfermedad y la curación de Alejandro más de un breve párrafo (*cf.* pseudo Calístenes 100), ya que en Curcio nos encontramos con un largo desarrollo que abarca varias páginas (los capítulos 5 y 6 completos del libro III). En la versión del pseudo Calístenes no aparece la intervención de Parmenión, elemento fundamental para Curcio, como tampoco considera oportuna la ocasión para la introducción de ningún tipo de discurso directo (como significativamente sí lo había hecho antes ya Curcio en relación con el nudo gordiano). En Curcio, la

21 Es interesante también anotar cómo en la versión de este autor se pasa muy rápidamente por este episodio sin darle mayor trascendencia narrativa; una razón más para pensar que la desmedida atención que le presta Curcio a esta anécdota, y todo el episodio que crea en torno a ella, tiene una importante función en el marco general de la narración.

fuerza de este episodio consiste en que le da al narrador la opción de introducir un pequeño discurso, lo que ofrece al mismo tiempo una oportunidad (bien aprovechada) para describir el carácter de Alejandro por medio de su respuesta ante sus generales, circunstancia destacable si se considera no sólo que Darío se encuentra listo a presentar batalla, sino también los constantes rumores de soborno en relación con el médico Filipo. En esta situación, la respuesta de Alejandro es categórica:

Lenta remedia et segnes medicos non expectant tempora mea: vel mori strenue quam tarde convalescere mihi melius est. Proinde, si quid opis, si quid artis in medicis est, sciant me non tam mortis quam belli remedium quaerere. (3.5.13)²²

Los elementos del episodio están hábilmente presentados para generar una situación muy tensa. Por una parte, el remedio del médico Filipo exige tres días de convalecencia (3.6.3), cuando precisamente Darío y su ejército se hallan listos para presentar batalla a una distancia de cuatro días de camino (3.5.10), unido todo ello a los infaltables rumores de soborno y traición (3.5.14). Por otro lado, justo cuando la situación es más apremiante²³, llega la carta delatora de Parmenión:

22 “La situación en que me encuentro no se compagina con remedios lentos y médicos premiosos. Prefiero morir valientemente antes que tardar en curarme. Por consiguiente, si los médicos tienen alguna destreza que pueda servirme de ayuda, sepan que yo no busco tanto un remedio para la muerte como un remedio para la guerra”

23 Premeditadamente apremiante, si tenemos en cuenta que en la versión de Justino (11.8.6) se nos presenta a un Parmenión que desconoce la enfermedad de Alejandro y que sólo por casualidad comete su delación en el momento de la necesaria intervención del médico Filipo: al contrario de lo que sucede en la versión de Curcio, en la que Parmenión envía la carta precisamente porque se necesita la intervención de Filipo; el narrador, inteligentemente, aumenta así la tensión de todo el episodio. Valga señalar que esta diferencia importante en la versión de Justino podría estar apuntando a acentuar la presunta inocencia de Parmenión (cf. Atkinson 1980, 155), al no mostrarlo como un intrigante militar, que es precisamente aquello que Alejandro está empezando a ver

inter haec a parmenione, fidissimo purpuratorum, litteras accipit, quibus ei denuntiabat, ne salutem suam philippo committeret: mille talentis a dareo et spe nuptiarum sororis eius esse corruptum. (3.6.4)²⁴

Desde el punto de vista de la trama, es incomprendible que Parmenión envíe una carta pues, aunque se hubiera adelantado a la marcha de Alejandro con el fin de salvar la ciudad de Tarso, hemos de suponer que ya estaba de nuevo al lado del rey, quien se baña precisamente en el río Cidno que, como nos señala el narrador, atraviesa dicha ciudad (3.5.1). Esta incongruencia puede interpretarse de varias formas. Desde el punto de vista de las fuentes que usó Curcio para componer este pasaje, se puede pensar que el narrador se basó en alguna que ubicó a Parmenión ya en la Capadocia²⁵, aunque este hecho implicara que por obvias razones (distancia y velocidad del correo de la época) no tuviera conocimiento de la enfermedad del rey. Teniendo en cuenta esta situación, el hecho narrativo de hacer llegar una carta de delación contra el médico Filipo justo ahora, en el momento en el que más se le necesita, no parece fruto de una casualidad.

En primer lugar, el ambiente en el cual llegamos a la carta ha sido muy bien escogido por el narrador: se nos ha narrado una situación extrema a la que se ha de dar una pronta solución, pues lo contrario significa la destrucción inevitable, teniendo en cuenta los detalles bélicos apremiantes que se nos han señalado. En segundo lugar, hay, lingüísticamente, un superlativo referido a la fidelidad de Parmenión y un contenido extra en la delación, que acusaba a Filipo de haber sido sobornado no sólo por una buena cantidad de dinero, sino también por el honor futuro de una promesa de bodas con la hermana de Darío²⁶.

desde la óptica de Curcio, y que encaja muy bien con los altos militares que rodeaban a los Césares en espera de una buena oportunidad de usurpación.

24 “Entre tanto recibió de Parmenión, el más fiel de sus dignatarios, una carta en la que le advertía que no pusiera su salud en manos de Filipo, pues Darío lo había sobornado con 1000 talentos y con la promesa de darle su hermana en matrimonio”.

25 Como Justino 11.5-6, por ejemplo.

26 Una situación convincente desde el punto de vista narrativo, pero utópica si

Así pues, este episodio, articulado en torno a la existencia y el contenido de una carta, el primero en el que se cuestiona la fidelidad de Parmenión, está construido para mostrar la duda acerca de la autenticidad de las delaciones de este último y, por consiguiente, de la intención de sus posteriores acciones militares y políticas (como se verá claro en el momento en que caiga la madre y la esposa de Darío en manos de Alejandro, y sea el mismo Parmenión quien aconseje la posibilidad de conseguir un rescate por ellas, ganándose de nuevo, y solamente, el desprecio de Alejandro).

Con este proceso, que probablemente ya había comenzado en los dos primeros libros perdidos y que llega ahora a un punto importante, el narrador prepara en la mente del lector un sentimiento que le imposibilita la compasión que pueda tener hacia el terrible desarrollo del “proceso Filotas”, el hijo querido del viejo general Parmenión. Por ello, y desde el punto de vista estrictamente narrativo en Curcio, esta delación no puede suceder más que a través de una carta, pues con ello no sólo se evita a Parmenión toda posibilidad de retractación o matización de su denuncia, con lo que queda así en una situación más comprometida que si ella hubiera sido verbal (por el propio fundamento “material” e incriminatorio de su declaración), sino que también la carta se convierte, de esta forma, en la íntima representación narrativa de una desconfianza de la que también, a su vez, se desconfía.

3.2. *Carta de Nabarzanes a Sísines (3.7.11-15)*

Para interpretar esta carta, señalo primero el carácter general del libro III. Este libro se nos presenta lleno de una serie de episodios que podríamos llamar de corte “palaciego”. Los más significativos han sido sobre todo la caída de Caridemo y las intrigas de Parmenión en cuanto a posibles venenos y sobornos. De igual forma, y en lo que tiene que ver con el personaje de Alejandro, este libro también

tenemos en cuenta el carácter jerárquico de la sociedad persa bajo el gobierno de Darío III.

muestra cambios paulatinos en el carácter del personaje central a partir de una serie de episodios que el narrador rápidamente nos cuenta: este hecho es fundamental pues evidencia una significación especial en la interpretación del episodio generado en torno a la carta de Nabarzanes, como veremos más adelante.

Desde el punto de vista del desarrollo de las acciones, el episodio del persa Sísenes se sitúa después de la batalla del río Gránico, seguramente narrada en el libro II, y antes de la batalla de Iso, que se narra al final del libro III. Lo primero que llama la atención consiste en que aparentemente encontramos un episodio desligado de todo ese gran conjunto de batallas, hazañas y discursos que nos ha sido presentado hasta ahora. Un episodio que significativamente, en el marco de la interpretación que sostengo, ninguna de las otras fuentes que poseemos de las campañas de Alejandro Magno nos narra. Veamos de qué se trata:

11. Erat in exercitu regis Sisenēs Persēs. Quondam a praetore Aegypti missus ad Philippum donisque et omni honore cultus exilium patria sede mutaverat; secutus deinde in Asiam Alexandrum inter fideles socios habebatur. 12. Huic epistulam Cretensis miles obsignatam anulo, cuius signum haud sane notum erat, tradidit. Nabarzanes, praetor Darei, miserat eam hortabaturque Sisenem, ut dignum aliquid nobilitate atque moribus suis ederet: magno id ei apud regem honori fore. 13. Has litteras Sisenēs, utpote innoxius, ad Alexandrum saepe deferre temptavit; sed cum tot curis apparatusque belli regem videret urgeri, aptius subinde tempus expectans suspicionem initi scelesti consilii praebuit. 14. Namque epistula, priusquam ei redderetur, in manus Alexandri pervenerat, lectamque eam et ignoti anuli sigillo impresso Siseni dari iusserat ad aestimandam fidem barbari. 15. Qui quia per complures dies non adierat regem, scelesto consilio eam visus est suppressisse et in agmine a Cretensibus haud dubie iussu regis occisus. (3.7.11-15)²⁷

27 “Había en el ejército del rey un persa llamado Sísenes. Enviado en otro tiempo

En unas cuantas líneas, Curcio nos ha contado, con una estructura de tres partes (A: 11, B: 12-13, C: 14-15), lo que podríamos llamar la “tragedia de Sísines”. Primero tenemos en escena a un personaje de origen persa que se encontraba en la Corte de Alejandro desde la época de Filipo y que había llegado a descollar por su lealtad tanto hacia el viejo rey como hacia el nuevo, según la versión de Curcio. Debido a su probada fidelidad y servicios, vivía una vida de honores y recompensas materiales, en parte también como una compensación por el hecho de haber dejado atrás su patria. En segundo lugar, vemos que justamente a este personaje de tan particular situación envía Nabarzanes, uno de los principales oficiales de Darío, una carta por medio de la cual lo incita “ut dignum aliquid nobilitate atque moribus suis ederet”, esto es, al asesinato de Alejandro, cosa que además habría de ser bien recompensada por Darío, no sólo económicamente sino con honores, elemento que también nos recuerda las anteriores alusiones de soborno que habíamos visto ya a la hora de hablar de Parmenión y del médico Filipo. Por último, a modo de conclusión trágica, nos encontramos con la parte tercera del drama en donde sabemos que, al hasta ahora afortunado persa, la carta le

por el sátrapa de Egipto a la Corte de Filipo y cubierto de regalos y de toda clase de honores, había cambiado su patria por el destierro; después había formado parte del séquito de Alejandro en su expedición a Asia y se contaba en el número de los compañeros leales al rey. A Sísenes un soldado cretense le entregó una carta sellada con un anillo cuyo sello le era completamente desconocido. Se la enviaba Nabarzanes, general de Darío, y en ella le exhortaba a llevar a cabo una empresa digna de su nombre y de sus antepasados, lo que le granjearía una gran recompensa por parte de Darío. Sísenes, como es natural cuando se es inocente, intentó muchas veces entregar la carta a Alejandro, pero, viendo al rey acosado por tantas preocupaciones y por los preparativos de la guerra, se mostraba siempre a la espera de una ocasión más propicia, con lo que dio pábulo a la sospecha de que andaba tramando el asesinato. En efecto, la carta, antes de llegar a sus manos, había llegado a las de Alejandro, quien, después de leerla, y de sellarla con el sello de un anillo que nadie conocía, había dado orden de entregársela a Sísenes a fin de poner a prueba su lealtad. Como quiera que iban pasando los días y éste no comparecía ante el rey, dio la impresión de que había hecho desaparecer la carta con intención criminal y, durante la marcha, fue asesinado por unos cretenses, sin duda por orden de Alejandro”.

fue entregada con un sello desconocido (razón fundamental para desconfiar, detalle que no es tenido en cuenta puesto que es aquello que desencadena el desenlace trágico, al tiempo que nos recuerda las funciones de las cartas en las tragedias de Eurípides). A partir de aquí, sabemos que la carta ya había pasado por las manos de Alejandro, quien conoció el contenido de la misma y juzgó que sería una buena oportunidad para comprobar la fidelidad del tráfugo. Como colofón a esta tragedia, el inocente Sísenes, “utpote innocius”, intenta entregar muchas veces la carta a Alejandro, pero el narrador nos dice que, con el ánimo de no incoordinar al rey y en espera de una ocasión más propicia (razones en verdad poco creíbles cuando es la vida del rey la que está en juego, pero que significativamente son uno de los argumentos que se usarán luego en el proceso Filotas), deja pasar el tiempo sin contar a Alejandro el contenido de una carta que ya el rey conocía, por lo que se hizo sospechoso de estar preparando el asesinato. Así, con el paso de los días, y por el hecho de que Sísenes no rindiera cuentas de la carta, se pensó que la había hecho desaparecer con mala intención, razón por la cual, y por orden de Alejandro, es asesinado por unos cretenses (el mismo origen²⁸ de uno que le había entregado la carta) en la marcha del ejército hacia Iso, un detalle final que nos ofrece así un perfecto cierre trágico a todo el apartado.

El acierto narrativo de este episodio consiste en que el lector sólo sabe que la carta ya había pasado por manos de Alejandro tan sólo unas pocas líneas antes del final: tenemos aquí un juego de ocultamiento y revelación. Hay aquí un inocente que es destruido sólo por una situación circunstancial²⁹, y con ello tenemos reproducido el esquema de una trilogía trágica, pues de no haber Alejandro conocido de antemano el contenido de esa carta, debemos suponer que en algún momento el persa lo hubiera puesto en conocimiento

28 Era ya proverbial en la antigüedad la fama de los cretenses, dispuestos a todo tipo de acciones con el fin de sacar ganancias de éstas.

29 Expresado ello en la gran cantidad de oraciones, también circunstanciales, que contiene el pasaje.

de la mala propuesta de Nabarzanes, con lo cual no sólo hubiera sobrevivido sino que probablemente hubieran aumentado sus riquezas y honores al comprobar su fidelidad con un hecho fehaciente: es este detalle la diferencia que va de las *Euménides* a las *Erinias*.

Viendo el episodio en detalle, lo primero que debemos señalar es lo que nos dice el narrador acerca de la procedencia persa de quien será el destinatario de la carta. Con esta primera indicación del narrador comienzan las alusiones al posible espionaje de este personaje, al tiempo que se nos indica, además, que el episodio se narra con el fin de poner a prueba la fidelidad de un tráfugo; aquél que “donisque et omni honore cultus exilium patria sede mutaverat”. A diferencia de la carta de Parmenión a Alejandro con relación al médico Filipo, la apariencia de culpabilidad se ha convertido ahora en la culpabilidad misma (todo ello comprensible dentro del marco de un mundo palaciego de venenos y apariencias al que se alude de forma sutil pero contundente). Alejandro interpreta que el soborno que había propuesto Nabarzanes a Sísenes va en la misma línea en la que ya antes éste había sido “sobornado” por su padre, el rey Filipo, para que se quedase en su Corte. En el mundo de las conspiraciones, que empiezan a tomar un papel cada vez más decisivo en el desarrollo de la obra, la obtención de la riqueza y los honores son dos fuertes motivos que vuelven real el mundo de lo aparente, móviles que al mejor estilo de la novela de espionaje convierten en culpable al inocente.

Comparando las dos cartas que hemos examinado hasta ahora, nos damos cuenta de que la carta, en el caso de Filipo, aunque viniera del mismo Parmenión, fue la ratificación de su inocencia, mientras que en el caso de Sísenes (culpable por origen) una carta, incluso del enemigo y traidor Nabarzanes (como su implicación en la muerte de Darío según la versión de Curcio lo evidenciará más adelante), es de por sí la prueba reina de una traición. Podemos decir, entonces, que nos encontramos aquí con una especie de reescritura del episodio del médico Filipo que apunta ahora a una denuncia de la marginación, en relación con aquello que hoy llamamos “etnia”, puesto que ya sabíamos que Sísenes tenía un peso importante en la Corte de Filipo, mientras

que ahora con Alejandro no encontraba ni la ocasión ni el momento de entrevistarse con él, lo cual delata una gran falta de familiaridad entre los dos. Vemos aquí la perfecta situación opuesta, detalle significativo, a aquélla que encontramos más adelante con Filotas cenando amablemente con Alejandro, quien previamente y en secreto ya lo ha condenado bajo el cargo de traición.

Así pues, el episodio de Sísenes puede ser considerado falso desde el punto de vista histórico, pero verosímil y bien diseñado en cuanto se lee como contrapeso del episodio de Filipo y como crítica del mundo falso de las apariencias. Para Curcio, Alejandro es un rey que poco a poco va caminando por el camino del despotismo, y de ahí que toda la confianza y tranquilidad con respecto a su propia vida, que ya había demostrado abundantemente en relación con el episodio del médico Filipo, empiezan a escasear ya con Sísenes. El lector se ha encontrado con dos individuos inocentes, acusados ambos de traición: uno de ellos ha sobrevivido y el otro ha sido ajusticiado. Con una situación similar en estos episodios, unido todo ello a un desarrollo diferente, el narrador se ha remitido maravillosa y sutilmente al personaje central de la obra, el que ahora verdaderamente ha empezado a cambiar: el que fuera antes el perfecto rey Alejandro es quien poco a poco se ha ido convirtiendo en un déspota que, como tal, empieza a temer por su vida a causa de haberse dado cuenta de que se ha hecho merecedor de una justa muerte.

Esta carta nos revela que Alejandro poco a poco se convierte en un monarca estilo oriental, una de las acusaciones típicas hechas a los Césares (como si fuera el espejo cóncavo de Darío que nos exhibiera una imagen deformada), en cuanto el rey macedonio reacciona ante Sísenes con una agresividad parecida a la que el rey persa había mostrado ya con Caridemo³⁰. De todo ello podemos concluir que el episodio de Sísenes, tal como nos lo narra Curcio, también ha sido elaborado para ser un contrapunto narrativo del de Caridemo³¹. Estos dos personajes, y los reyes con los que entran en relación mortal,

30 Recordemos que Alejandro no ha sido lo suficientemente paciente con Sísenes, así como Darío tampoco lo fue en su momento con Caridemo (cf. 3.1.10-19).

31 También documentado en Diodoro (17.30.2).

presentan imágenes casi especulares entre sí: exiliados ambos en cortes extranjeras enemigas, en donde su único crimen fue su nueva fidelidad. Igualmente, las diferencias narrativas de este episodio con el de otras versiones son significativas. Por ejemplo, a diferencia de la versión de Arriano³², quien dice que este personaje había vuelto a la Corte persa después de permanecer un tiempo en la Corte de Filipo, pero no en la de Alejandro, Curcio nos presenta una versión diferente con fines distintos³³, pues el desarrollo particular del episodio se entronca con otra de las líneas de fuerza texto: el poder ciego y trágico del destino. Lo que nos quiere mostrar Quinto Curcio es que por causa de una negligencia, o porque sencillamente las cosas no podían haber sucedido de manera distinta pues ésa era la voluntad del destino, un inocente, alguien que con justa razón “inter fideles socios habebatur” termina siendo aniquilado. De igual forma, este pequeño episodio dará validez a un argumento que Alejandro usa luego en contra de Darío para pensar que lleva a los persas una guerra justa: decir que ataca a quienes se valen del soborno y la traición. También todo el pasaje se nos presenta íntimamente unido al posterior desarrollo del libro, pues con él se nos “adelanta” lo que será el clima político de los libros posteriores: conjuras, sospechas, juicios... cosas que tendrán su apogeo en el episodio, significativamente también trágico y sangriento, de la muerte de Filotas. Desde el punto de vista narrativo, el episodio se encuentra íntimamente relacionado con lo que viene justo después, ya que luego es Darío quien no se fía de los soldados griegos que había reclutado para su ejército (y quienes, paradójicamente, fueron los únicos que dieron el buen consejo de presentar batalla a los macedonios en las espaciosas llanuras de Mesopotamia, y no en las gargantas de Cilicia, con el fin de aprovechar así su propia superioridad numérica).

32 Cf. Arriano *Anábasis* 1.25.3.

33 Por cuestiones narratológicas, nuestra posición se deslinda de la de Bardón (Curcio Rufo 1947/2003, 21 n. 2), quien ve en la versión de Curcio el producto de una confusión con otra carta que Nabarzanes habría enviado a Alejandro Lincestes en el invierno del 334-333 a. C.

La sospecha de traición pasará de un bando a otro, de uno a otro rey, puesto que es el tema que ambienta toda esta parte del texto.

Este pasaje es una meditación acerca de cómo en un mundo palaciego, lleno de intrigas de corte, la simple apariencia de culpabilidad ya es susceptible de castigo: lo importante, en todo caso, no es ser o no ser traidor al poder establecido; lo verdaderamente importante para conservar la vida es no parecerlo. Con este episodio, Curcio nos ha mostrado que Alejandro ha cedido poco a poco a la tentación de convertir la apariencia de la realidad en la realidad misma. Con este pasaje se nos ha dejado una dura crítica de un rey y de un ambiente en donde lo único real, y sin ánimo de paradoja, es tan sólo lo aparente.

4. La baraja del poder: sobre cartas de reyes

4.1. Carta de Darío a Alejandro (4.1.7-9)

Esta carta aparece después de la batalla de Iso. Este choque cambia radicalmente el curso de la guerra, pues pone en evidencia la debilidad y cobardía del ejército persa, con su rey a la cabeza, a diferencia de la fuerza y valentía del ejército macedonio, liderado en la teoría y en la práctica por el propio Alejandro. Al mismo tiempo, este encuentro es una vergüenza para Darío, que huye cobardemente para salvar su vida en lugar de quedarse y pelear para morir, al menos, con honor.

Así pues, mientras que por una parte tenemos a un Darío que huye lo más rápidamente posible cambiando una y otra vez de cabalgadura (3.11.26), por la otra vemos a un temerario Alejandro que le persigue aun a riesgo de su propia vida (3.12.1). Lo anterior está efectivamente reforzado por la pérdida de la esposa e hijas del rey persa (3.12.4), y la entrega artera del tesoro real de Persia, depositado en la ciudad de Damasco, junto a los nobles y sus familias. En este contexto, llega la primera comunicación “oficial” que nos transmite el narrador. He aquí el pasaje del texto en el que se nos narra la llegada y el contenido de la carta en cuestión:

7. Ibi illi litterae a Dareo redduntur, quibus ut superbe scriptis vehementer offensus est: praecipue eum movit, quod Dareus sibi regis titulum nec eundem Alexandri nomini adscriperat. 8. Postulabat autem magis quam petebat, ut accepta pecunia, quantamcumque tota Macedonia caperet, matrem sibi et coniugem liberosque restitueret. De regno aequo, si vellet, Marte contenderet. 9. Si³⁴ saniora consilia tandem pati potuisset, contentus patrio cederet alieni imperii finibus, socius amicusque esset. In ea se fidem et dare paratum et accipere. (4.1.7-9)³⁵

En primer lugar, la carta que el narrador ha adjudicado a Darío se presenta escrita con un tono *superbe*. De ello puede inferirse que, en la mente del narrador, Darío no ha tomado conciencia de su situación actual y de los profundos cambios que se han operado en el escenario de la guerra. Por el contrario, Alejandro ya ha medido sus fuerzas con Darío y su multitudinario e ineficaz ejército, con lo que se ha dado perfecta cuenta, otra vez, de la fragilidad de su enemigo. Alejandro sabe que la situación se plantea claramente a su favor y por ello percibe aún más la soberbia de Darío por medio de la ofensa que comete este último con el tono de su carta.

Para el narrador, la idea falsa que tiene Darío de los acontecimientos hace que en el encabezamiento de su carta sólo se adjudique a sí mismo el título de “rey” (mas no a su enemigo), lo que, en el escenario de la guerra, se convierte en un asunto serio si se piensa que el problema consiste en manipular lo que las masas opinan de una situación en concreto: la opinión pública, por decirlo así. Es aquí

34 Como bien ha sido visto por Atkinson (1980, 272), el asíndeton de “si” por “sin” está bien empleado para indicar la arrogancia del estilo de Darío.

35 “Allí se le hizo entrega de una carta de Darío que, escrita como estaba en términos arrogantes, le enojó vehementemente; sobre todo le conmovió el que Darío, junto a su propio nombre, añadiera en su carta el título de rey y no lo hiciera lo mismo con el nombre de Alejandro. Darío exigía, más que pedía, que, a cambio de todo el dinero que pudiera contener la Macedonia entera, Alejandro le devolviera a su madre, su mujer y sus hijos; en cuanto al reino, si quería, podían luchar con armas iguales; ahora bien, si podía aceptar un consejo saludable, que, contentándose con el reino de sus mayores, se retirara de los límites de un reino ajeno y fuera su amigo y su aliado; que él estaba dispuesto a recibir una palabra de honor sobre todo ello”.

en donde entra en juego ese *tópos* retórico, que el narrador había puesto ya en boca del propio rey persa, acerca de que las guerras se sustentan sobre todo en aquello que va de boca en boca³⁶: rumor y propaganda al fin y al cabo (cf. Bosworth 1971), y que luego aparecerá de nuevo cuando se nos narre el asedio de Tiro³⁷. En este sentido, el hecho de que Darío siga adjudicándose el título de “rey”, cuando no lo concede a su enemigo, reduce políticamente a Alejandro al rango de una especie de bandolero que se preocupa más por el pillaje y el botín que por el honor y la gloria que reportan la conquista de tan vasto imperio rival. De esta consideración ideológica, expresada en la ausencia de un apelativo, se desprende lógicamente la propuesta subsiguiente de Darío a Alejandro que consiste en que, a cambio de dinero, libere a su esposa, a su madre y a sus hijos cautivos luego de la batalla de Iso. En el bando contrario, Alejandro sabe que no puede ceder a la propuesta económica de Darío so pena de dar así la razón a su enemigo y confirmar de este modo que es un bandolero más asolando el rico Oriente³⁸. Y, precisamente, el hecho de que Darío vea acentuada en Alejandro su faceta de bandolero, y no de rey, explica por qué escribe desde una posición en la cual puede *postulare*, esto es “demandar con autoridad” y no “pedir con amabilidad”, *petere*³⁹. En este sentido, la intención de Curcio al transmitir

36 “Fama bella stare” (3.8.7): “Las guerras se sostienen por la fama”.

37 “Famam quoque, qua plura quam armis everterat” (4.4.2): “La fama, a la que debía más victorias que a sus propias armas”.

38 Nos parece muy aclaratoria la comparación de Wirth, que Atkinson incluye en su comentario (1980, 323), en cuanto señala la forma en la que muchos griegos veían el Imperio persa como una especie de El Dorado listo para ser saqueado.

39 En caso de que Alejandro aceptara el rescate, ello confirmaría el contenido de esa popular anécdota apócrifa de los piratas (probablemente conocida por Curcio como buen hombre formado en la retórica) en la que un grupo de estos hombres afirmaron, frente al rey macedonio, que la única diferencia entre ellos y el propio Alejandro estaba en que el rey devastaba los lugares a su paso al frente de un gran ejército y no al mando de una pequeña escuadra al modo de ellos mismos. De esta misma idea, la de ver a Alejandro como bandolero antes que rey, se desprenderá también la primera interpretación de Darío cuando le sea anunciada la muerte de su esposa, al pensar que ello se debió a un intento de ultraje (4.4.29). Con respecto a este punto, todos los cronistas de la guerra nos muestran a un Alejandro que es más un personaje digno

así la información de esta supuesta carta fue mostrar la equivocada posición de superioridad en la que Darío se ve a sí mismo en relación con Alejandro.

Este episodio, desarrollado alrededor de la información de una supuesta carta, está anunciando, implícitamente, el desarrollo de aquél otro en el que vemos a Alejandro paulatinamente más alejado de la línea macedónica de su ejército (representada simbólicamente por Parmenión), en el instante en el que el viejo general propone que se puede obtener un buen botín a cambio de unos prisioneros que lo único que conseguían era ralentizar la marcha de todo el ejército. A pesar de que la observación anterior muestra un punto de vista extremadamente agudo y real desde el ángulo de un experimentado estratega militar, es sobre todo, para el narrador, una ocasión perfecta para ese tipo de famosas y agudas réplicas que se nos han transmitido con relación a Alejandro⁴⁰.

Ahora bien, volviendo a las incongruentes propuestas de Darío a Alejandro, dado el estado de la guerra (y después de la cobarde huida del campo de batalla que ya hemos mencionado), hay que comentar también esa propuesta de lucha *aequo Marte*. Tal y como nos ha sido delineado por el narrador, el lector ha podido comprobar el comportamiento valiente de Alejandro y la cobardía de Darío (que

de una novela de caballerías (que custodia el honor de la bellísima esposa cautiva de su enemigo) antes que un fiero guerrero y astuto político, como en realidad debió haber sido si pensamos en la forma en la que se deshizo de los demás aspirantes a la sucesión de su padre, por poner sólo un ejemplo. Quizá la interpretación falsa de Darío haya sido la verdadera, al tiempo que ese supuesto respeto cortésano haya sido más bien el encubrimiento de una nefanda verdad histórica.

- 40 “Et ego —inquit— pecuniam quam gloriam mallet, si Parmenion essem: nunc Alexander de paupertate securus sum et me non mercatorem memini esse sed regem. Nihil quidem habeo venale, sed fortunam meam utique non vendo. Captivos si placet reddi, honestius dono dabimus, quam pretio remitteremus” (4.11.14-15). “Yo también preferiría el dinero a la gloria si fuera Parmenión. Como Alejandro que soy, en las presentes circunstancias la pobreza me trae sin cuidado y no he olvidado que soy un rey y no un mercachifle. Nada tengo que pueda vender y de lo que no hay duda es que no pongo a la venta mi destino. Si os parece bien que se devuelvan los prisioneros, ganaremos más gloria entregándolos como obsequio que vendiéndolos por dinero”.

incluso arroja sus enseñas reales con el fin de huir de una forma más eficaz)⁴¹. De lo anterior se deriva que la propuesta está desfasada con respecto a la realidad, teniendo en cuenta de qué lado puede caer la suerte del combate, una vez que hemos visto el peso que tienen las acciones particulares de los reyes en el desarrollo general de una batalla. El narrador ha creado una situación que nos describe bien el carácter y la posición de cada uno de los dos líderes con el fin de hacernos ver la escisión profunda que hay entre la propuesta de Darío y la realidad. Pero el punto mayor de este desfase quizá se nos presente más claramente cuando Darío, además, se permita dar a Alejandro unos *saniora consilia* que poco más o menos implican que el macedonio dé la guerra por perdida, se retire a los límites originales de su reino y se convierta en *socius amicusque*, al mejor estilo de los pueblos sometidos a Roma, en la mente de nuestro narrador de época imperial. A esta absurda propuesta se añade una promesa de fidelidad al pacto —quizá lo más inverosímil para Alejandro— de parte de quien en muchas situaciones ya había ofrecido por su cabeza una no desdeñable suma de 1000 talentos (posiblemente un número simbólico usado en las fuentes cuando se trata de hablar de algo muy grande y que ya había aparecido en la carta anterior).

Para terminar esta parte, si hubiéramos de rastrear ahora un elemento de intenso patetismo, tendríamos que remitirnos en este caso a Darío. El rey de los persas vive en una realidad que ha quedado abolida luego de la batalla de Iso, por las razones que hemos visto; pero lo trágico está en que no se ha dado cuenta de ello. Darío se parece ahora en mucho al Rey Lear, quien desesperadamente se aferra a su antigua condición regia, ya desaparecida en la práctica, pero que, obstinado y loco, se niega a perder. Darío vive en una ilusión convertida en locura

41 Es interesante señalar la diferencia con el pasaje 17.6.1 de Diodoro, para quien Darío es el más valiente de los persas y como tal fue elegido para su función real. Lo que podría apuntar, o bien a un manejo de distintas fuentes en cuanto al personaje de Darío, o bien a una elaboración interesada de su carácter en alguno de los dos autores, como se ha mostrado en este ensayo.

puesto que, en las condiciones actuales, dicha ilusión es solamente el sustituto equívoco de una realidad ya aniquilada.

4.2. *Respuesta de Alejandro a Darío (4.1.10-14)*

De la forma en que hemos visto, hasta este punto del ensayo, que el narrador explota los recursos, una carta como la anterior no podría pasar sin una justa y apropiada réplica. Narratológicamente hablando, nos encontramos ahora con la respuesta que desencadena la carta anterior de Darío, con la importante diferencia de que, esta vez, el narrador cita literalmente lo que considera que fue el contenido de la carta, incluso pasando frente al lector como si transcribiera, en lugar de crear la información que nos es presentada aquí. Por medio de este procedimiento de “discurso directo” se le da a la respuesta de Alejandro una fuerza narrativa desconocida en la anterior carta de Darío y nueva en el conjunto de toda la obra⁴².

Sólo nos separa de la carta anterior una acotación del narrador, bien comenzada por la palabra “contra”, que, de alguna forma, anuncia el tono polémico y de réplica del texto, lo que hará que esta carta no pueda ser bien comprendida sin constantes referencias a la anterior. Estamos convencidos de que el hecho de que no haya ningún episodio narrativo en medio de estas dos cartas, a lo que bien nos tiene acostumbrados Curcio a esta altura de la narración, acentúa más la impresión de que este par de textos deben ser vistos como dos momentos de un mismo diálogo, al modo de una frase y su réplica. Incluso, desde el punto de vista temático, esta carta será en parte la réplica de la carta anterior (lo que nos señala una vez más

42 El hecho de que el contenido de la carta de Darío se nos narre a través de lo que podría llamarse “estilo indirecto” nos recuerda a un rétor que contextualiza un poco aquello a lo que quiere que su alumno responda. Nuestro imaginario profesor no le va a pedir a su alumno como ejercicio la carta de Darío, sino la de Alejandro; pero, para llegar a ello, necesita ponerlo en situación: un sentimiento de ofensa. Así, el hipotético ejercicio de escritura no sería la paráfrasis del contenido de la carta de Darío sino el texto de respuesta de Alejandro. Estas ideas vienen sugeridas por el célebre *progymnasmata* de carácter etopéyico que crea Aftonio acerca de qué palabras pronunciaría Níobe cuando sus hijos yacían muertos, o por los bien creados ejercicios del pseudo Salustio.

su perfecta y bien elaborada artificiosidad): ahora lo que Alejandro quiere es poner bien clara su posición y hacerle comprender a Darío que el lugar superior desde el que se ve a sí mismo con relación a él está completamente alejado de la realidad, con lo cual Alejandro comparte en este punto la conciencia del narrador que ya develábamos en la carta anterior. Teniendo esto presente, pasemos a leer el fragmento en el que se nos refiere la carta:

10. Contra Alexander in hunc maxime modum rescripsit: “Rex Alexander Dareo S. Cuius nomen sumpsisti, Dareus Graecos, qui oram Hellesponti tenent, coloniasque Graecorum Ionias omni clade vastavit, cum magno deinde exercitu mare traiecit inlato Macedoniae et Graeciae bello. 11. Rursus Xerxes gentis eiusdem ad oppugnandos nos cum immanium barbarorum copiis venit; qui navali proelio victus Mardonium tamen reliquit in Graecia, ut absens quoque popularetur urbes, agros ureret. 12. Philippum vero parentem meum quis ignorat ab iis interfectum esse, quos ingentis pecuniae spe sollicitaverant vestri? Impia enim bella suscipitis et, cum habeatis arma, licemini hostium capita, sicut tu proxime talentis mille, tanti exercitus rex, percussorem in me emere voluisti. 13. Repello igitur bellum, non infero. Et di quoque pro meliore stant causa: magnam partem Asiae in dicionem redegei meam, te ipsum acie vici. Quem etsi nihil a me impetrare oportebat, utpote qui ne belli quidem in me iura servaveris, tamen, si veneris supplex, et matrem et coniugem et liberos sine pretio recepturum esse promitto. 14. Et vincere et consulere victis scio. Quod si te committere nobis times, dabimus fidem impune venturum. De cetero, cum mihi scribes, memento non solum regi te, sed etiam tuo scribere.” Ad hanc referendam Thersippus est missus. (4.1.10-14)⁴³

43 “Por su parte, Alejandro le respondió más o menos en estos términos: ‘El rey Alejandro a Darío, salud. El Darío del que tú has tomado el nombre desoló con todo tipo de devastación las regiones griegas ribereñas del Helesponto y las colonias jonias de los griegos. Después, con un ingente ejército, atravesó el mar llevando la guerra a Macedonia y a Grecia. Tras él, Jerjes, perteneciente a la misma raza, vino con unas tropas salvajes de bárbaros con intención de someternos;

Hasta este punto de la narración, nos hemos encontrado con un Alejandro vencedor y en apariencia invencible⁴⁴ en la conquista del Imperio persa, después del importante triunfo en Iso, que recibe una carta de Darío en tono soberbio, por causa de la cual se siente muy ofendido, pues “Dareus sibi regis titulum nec eundem Alexandri nomini adscripserat” (4.1.7). Este hecho puede tener varias interpretaciones. Bardon, en una nota a pie de página en su edición del texto latino, ha afirmado que Alejandro se indigna por no recibir un trato de rey y que ello se deriva de que no sabe que este hecho proviene de un factor de la propia cultura de Darío, quien, aunque vencido, no podía otorgar trato de rey sino al señor de los dioses y al soberano de Persia (Curcio Rufo 1947/2003, 45 n. 2). En nuestro caso, nos apartamos de esta interpretación y pensamos que, incluso desde el saludo de la carta, Alejandro paga a Darío con la misma moneda al nombrarse a sí mismo rey, dejando a secas el nombre de Darío, y, de esta forma, el saludo de la carta se nos presenta ya como una declaración de intenciones: Alejandro es rey, legítimo por sucesión, mientras que Darío es un usurpador del trono y, en este

derrotado en un combate naval, dejó no obstante a Mardonio en Grecia con la orden de, incluso en su ausencia, arrasar las ciudades y pegar fuego a los campos. En cuanto a mi padre Filipo, ¿quién ignora que cayó asesinado bajo los golpes de aquellos que habían sido sobornados por vosotros con la esperanza de ser espléndidamente recompensados? Impías son las guerras que emprendéis y, a pesar de tener armas, ponéis precio a las cabezas de los enemigos, como hace bien poco tú mismo, rey de un gran ejército, quisiste comprar con 1000 talentos quien me asesinara. Así pues, yo repelo la agresión, no la provoqué y hasta los dioses se ponen de parte del bando más justo: gran parte de Asia está sometida a mi poder y a ti en persona te he derrotado en el campo de batalla. Y, aunque no merecías obtener nada de mí, dado que no has guardado para conmigo ni siquiera los derechos de guerra, sin embargo, si vienes en actitud suplicante, te prometo que te podrás llevar sin rescate a tu madre, a tu esposa y a tus hijos, pues sé vencer y, al mismo tiempo, tener consideración con el vencido. Si no te atreves a ponerte en nuestras manos, te doy mi palabra de que puedes venir sin temor alguno y, en adelante, cuando me escribas, no olvides que no solamente escribes a un rey sino a tu propio rey. Tersipo fue el encargado de llevar esta carta”.

- 44 Una idea que se ve realmente clara en la narración que nos hace Diodoro (17.51.3) de la visita de Alejandro al oráculo de Amón, en donde el sacerdote lo declara abiertamente hijo de Zeus e invencible, quizá por un exceso de adulación bien recompensado por Alejandro.

contexto, tiene sentido que se le salude como a un simple particular⁴⁵. Inmediatamente después, y dado el sentimiento base con el cual habría de escribirse la réplica (surgido del problema del nombre), hace alusión al nombre de este Darío como herencia funesta de aquel otro Darío que “Graecos, qui oram Hellesponti tenent, coloniasque Graecorum Ionias omni clade vastavit”. Así, aprovechando lo que debería ser una carta de guerra, Alejandro elabora una completa sinopsis de historia en la que señala las guerras que la liga griega ha tenido que soportar por causa de los persas, y añade a ello el crimen de su padre Filipo por un traidor seducido por el oro enemigo. Es verosímil la mención en este punto de Filipo, pues sabemos, por otras fuentes, que se sentía interesado en llevar la guerra contra los persas, una vez consolidado su poder en Grecia, cosa que aparentemente no estaba lejana después de la batalla de Queronea. Ahora bien, esta mención le permite a Alejandro decir que los persas son los mayores especialistas en las *bella impia* y que por eso ahora es piadoso (en el sentido original del término) y justo, para con los dioses, tomar venganza contra quienes dieron pábulo a una guerra injusta. Alejandro lleva una guerra justa porque tomará venganza de quienes se valen de la traición y el soborno (como apuntamos más arriba), en lugar de emplear medios honrosos para acabar con sus enemigos, tales como las armas, la batalla o el valor, tal y como en su mente (a través de la ideología del narrador) le parece que lo ha dejado bien claro el episodio del persa Sísines. De ahí que, para Alejandro-personaje, se justifique plenamente la actual guerra, pues ella es sólo una respuesta a la devastación que por muchos años han llevado a cabo persas contra griegos y macedonios en el marco de dominación y abierta hostilidad.

Identificamos en la carta que el narrador pone en palabras de Alejandro el conocido argumento del *bellum iustum*: “repello igitur bellum, non infero”, razón por la cual siente que hasta los dioses están de su parte y que, por ello, no habrá de conocer la derrota.

45 Algo que explica claramente Diodoro en 17.5.3-5.

En la ideología de Alejandro, los dioses están de parte de lo que consideran justo, y de ese principio divino se deriva la hasta ahora invencibilidad del ejército macedonio encarnada en el propio rey: desde este punto al culto divino de los Césares hay poca distancia, pues el César, como Alejandro, no sólo es un hombre en medio de los hombres, es ahora una especie de dios que representa la voluntad divina, ya que busca el reino del equilibrio y la civilización. De esto se desprende el que Quinto Curcio nos muestre cómo poco a poco Alejandro se deifica a sí mismo: primero se ha hecho invencible en el campo de batalla; inmune en apariencia, aunque temeroso⁴⁶ de las conjuras domésticas al mejor estilo de los Césares (como lo han demostrado bien los episodios de Filipo, Sísenes, y como se ve luego con Parmenión y Filotas); ya es invulnerable al encanto de las riquezas, y ahora se muestra benévolo para con el suplicante e incapaz de perjurio ante la palabra dada, como el rey de los dioses.

Desde otro punto de vista, esta carta de respuesta habría podido ser escrita de forma independiente al conjunto de la obra y añadida después, al modo de una exposición forense o al modo de un ejercicio retórico, acerca de las razones que podrían usarse para declarar la guerra a otro reino. De igual modo, esta carta también puede ser comprendida si se acude a algunas referencias intertextuales. En primer lugar, una de las cosas que Alejandro exige a Darío es que venga a encontrarlo como *suplex* (4.1.13), es decir, en la misma condición en la que Príamo tuvo que ir a pedir a Aquiles el cadáver de su hijo Héctor. Para el narrador, el Alejandro que escribe ve en Darío la imagen de un nuevo Príamo, quien, para poder rescatar a su hijo

46 El narrador está tomando una posición política con relación a su época aunque no lo mencione explícitamente. Lo anterior es de destacar si se piensa que, con motivos bien justificados, aparece un posible envenenamiento como causa de la muerte de Alejandro, dado el cuadro que nos presenta Curcio de su vida y del estado de las relaciones con sus más cercanos. Esta manera de tomar partido de forma velada quizá se deba a la intención de evitar posibles suspicacias de sus lectores contemporáneos de época imperial en cuanto a los conocidos episodios de envenenamiento, antes que a la convicción de que la muerte de Alejandro se hubiera producido por dicha causa.

(representados en este caso por madre, esposa e hijos), deberá hacer notar aún más la filiación divina de su enemigo al presentarse al modo de un hombre que se dirigiera al hijo de un dios.

Como se desprende de lo que hemos comentado, la figura de Alejandro se nos presenta desde este punto de vista como una elaboración literaria y de ficción, más que como una elaboración a partir de los posibles hechos de su vida provenientes de las fuentes que el narrador pudo haber tenido a mano. Es ese fondo, ese papel tapiz, el que el narrador tenía en la mente a medida que iba creando su propia figura del héroe. De ahí que también, y como se desprende de la lectura del texto, una de las cosas que más angustian a Alejandro sea el hecho de no poder emular las glorias de Aquiles, razón por la cual se queja desconsoladamente cuando, por causa de una herida, se ve expuesto a morir en medio de una “obscuraque et ignobili morte” (3.5.10). Y precisamente porque Alejandro siente su filiación divina, cree firmemente en los sacerdotes de Júpiter-Amón cuando ratifican su parentesco divino (otra obsesión de muchos Césares), más por adulación que por convencimiento, como nos lo deja ver el claro tono de censura que usa Quinto Curcio (4.7.25). Alejandro quiere hacer ver a los demás, por medio de sus actos públicos, que pertenece a un linaje divino, al linaje de Aquiles.

[Alejandro] es consciente de la repercusión política de sus actos, gestos, actitudes, y es el primero en atender más a los efectos de los mismos que a sus reales creencias [...]. Alejandro es una figura que actúa y que se construye sobre un fondo griego de reflexión sobre los actos de figuras históricas, lo que le lleva a representar con todo rigor diversos papeles con ayuda de la propaganda. [...] a esta controversia, ya en origen, sobre el significado real de los actos de Alejandro y sobre la construcción de su figura histórica, hay que llamarl[e], en algún sentido, ficción. Aunque ficción aquí no signifique invención de hechos inverosímiles, sino simplemente

invención de motivaciones para la acción o atribución de significado a hechos realmente ocurridos. (Fernández Corte 1999, 3)

Por esas atribuciones de significado que constantemente hace Quinto Curcio en su texto, la relación Hefestión-Alejandro (3.12.15ss.) es también, respectivamente, la transposición de la relación Patroclo-Aquiles⁴⁷. El héroe homérico es el fondo literario sobre el cual el Alejandro-Curcio se da significado a sí mismo, y, por ello, no extraña al lector que en el suplicio de Betis le imite abierta, y sanguinariamente, una vez que líneas atrás el narrador nos señala la forma en la que Alejandro se transforma por causa de su cólera: “Per talos enim spirantis lora traiecta sunt, religatumque ad currum traxere circa urbem equi, gloriant rege Achillen, a quo genus ipse deduceret, imitatum se esse poena in hoste capienda” (4.6.29)⁴⁸. En este punto no parece casual tampoco que el Alejandro-Curcio justifique también su unión con Roxana por motivos literarios obviamente también referidos a Aquiles (cf. 8.4.26).

Como nuevo hijo de Peleo, nuestro Alejandro-Aquiles tiene necesariamente que encontrar un enemigo de buena lid, cosa que Darío demuestra todo el tiempo que no es. Por esta razón, el narrador hace llegar un digno rival con la aparición de un Poro-Héctor, en el libro VIII (8.14.21), sin olvidar cuánto de Héctor tiene también el Betis que acabamos de nombrar, pero sin alcanzar las alturas de Poro. Desde el punto de vista narrativo, la aparición de éste último es pertinente, pues es estratégico que, una vez derrotado Darío, se levante un enemigo de la talla de Alejandro, ya que, de lo contrario, la tensión narrativa cae, y con ello el efecto: uno de los objetivos primordiales del narrador.

47 Una relación también explotada por otras fuentes como Arriano, quien nos cuenta en 1.12.1 que, al llegar a Ilión, Alejandro presentó una corona en la tumba de Aquiles al mismo tiempo que Hefestión hacía un tanto similar con respecto a la tumba de Patroclo.

48 “A Betis se le atravesó con unas correas los talones cuando todavía respiraba y, atado a un carro, fue arrastrado por unos caballos alrededor de la ciudad, vanagloriándose el rey de que, al infligir al enemigo un tal castigo, había imitado a Aquiles del que él descendía”.

Finalmente, y porque todo empezó por ahí en realidad, Alejandro vuelve al tema del nombre. Retoma el hecho de no haber sido nombrado por su enemigo “rey”, y advertirá claramente a Darío: “cum mihi scribes, memento non solum regi te, sed etiam tuo scribere”. Con esta advertencia logra dos cosas: primero, ratifica su condición de rey y, por medio de ella, los derechos que tiene de conquista (como queda bien claro por el conocido episodio de la lanza que arroja a tierra “asiática” antes del desembarco, como otras fuentes refieren), y, segundo, da ya por destronado a su enemigo, pues lo ha convertido en su vasallo al aplicarle toda la fuerza de un acto de habla ejecutado en el diálogo que estas dos cartas representan. Alejandro posee una comprensión adecuada y real del estado de la guerra, a diferencia del rey persa que nunca ha dejado de ser presa del mundo irreal creado a su alrededor, especialmente por sus cortesanos que, movidos por el miedo o la adulación, prefirieron las dulces mentiras al amargo pero verdadero balance de la situación en el campo de batalla y en el tablero de la política. Paradójicamente, y no será la primera ni la última vez que se vea, Alejandro, como muchos Césares, se esfuerza en conquistar un mundo que trágicamente será el que termine destruyéndolo.

Parece claro que las dos cartas tienen dicha estructura porque estamos frente a ejercicios de escritura, planteados a quienes se inician en la retórica, antes que frente a documentos de carácter histórico. La imagen que llega inmediatamente a nuestra mente es la de un rétor que propone a su discípulo un ejercicio de escritura con estas o parecidas palabras: “Escribe la posible carta que Darío enviaría a Alejandro tras la batalla de Iso”. En este sentido se comprende muy bien el hecho de que Plutarco (1986) sólo menciona de forma rápida un intento epistolar de paz de Darío (29.7-9), al tiempo que Arriano menciona dos y Quinto Curcio llega a tres. Nuestro narrador ha visto con claridad que hay buenas vetas para interesantes composiciones si pone a escribir a sus personajes.

Por último, hay que añadir que lo sorprendente de esta réplica, que nos parece una elaboración narrativa casi libre alejada en

mucho del testimonio de las otras fuentes, consiste en que, aunque aparentemente sea la respuesta a una carta anterior, como hemos visto más arriba, un nivel mayor de análisis revela que no se escribió este pasaje sólo para responder a otro, sino fundamentalmente para exponer una teoría política: hablamos del tópico del *bellum iustum*⁴⁹. La intención de Curcio al escribir esta carta fue la de hacer ver que la invasión de Persia fue justa (como podrían serlo las invasiones romanas, vistas por un romano, por supuesto) y que, por tanto, esta guerra se encuentra avalada por los dioses. Esta invasión es la forma en que un rey y un gobierno legítimos toman venganza contra un usurpador. De ahí que Alejandro nunca se vea a sí mismo como un usurpador del Imperio de Oriente, y que, por ello, se le represente en muchos lugares como el Alejandro bicorne que junta bajo su mando los imperios de Oriente y Occidente. Alejandro, lo mismo que Roma para un romano como Curcio⁵⁰, tiene una misión geopolítica que nadie más puede realizar, y, por lo tanto, no es una cuestión de azar o estrategia por lo que ha conseguido sus fulminantes victorias sobre Darío: lo que ha llevado a la guerra, en este sentido, y lo que marca la senda de la victoria, para el legítimo rey, es la voluntad de los dioses. Para Curcio, Alejandro es un precursor en el mundo de lo que a su vez Roma y el Emperador significan: la voluntad encarnada de los dioses del equilibrio y la civilización. A su modo, Alejandro es para sí mismo y para el mundo un nuevo Prometeo, al tiempo que es, para Curcio, en este punto de la obra, la imagen de un César perfecto que puede empezar a resquebrajarse.

5. Para una crítica del poder: la carta de Parmenión a Nicanor y Filotas (6.9.13-15)

Habiendo llegado al libro VI del texto, la opinión del narrador y la de algunos personajes con relación a Alejandro se muestra desfavorable

49 Tan pertinente en casi todas las épocas en las que se buscan motivos para comenzar una invasión.

50 O lo mismo que Hitler para muchos nazis de los años previos a la guerra.

(cf. Thérasse 1973). Curcio nos ha mostrado que el carácter del rey sufre profundas transformaciones a lo largo de toda la campaña, pues hemos visto cómo Alejandro ha ido cambiando su proceder, hasta el punto de llegar a leer acotaciones del narrador tales como que “a plerisque amicorum pro hoste haberetur” (6.2.2)⁵¹, lo cual motiva, según se añade más adelante, frecuentes complots contra su vida (cf. 6.2.4).

La carta de la que me ocupo ahora se encuentra en el marco de aquello que la crítica llama el *affaire* Filotas. Se trata de una conjura contra la vida de Alejandro, presuntamente liderada por el general Parmenión y su hijo Filotas, comandante de un importante cuerpo dentro del ejército macedonio. Desde un punto de vista político, los hechos relativos a esta conjura (real o supuesta, porque eso depende en mucho del punto de vista⁵²) fueron de paso una buena excusa para limpiar de posibles oponentes el camino de Alejandro hacia el poder absoluto, al modo de los Césares. En el ámbito militar y político, Parmenión había sido dejado atrás como encargado del cuidado de la Media (tras la reciente muerte de su hijo Nicanor, comandante de otro cuerpo), al tiempo que en Macedonia, mientras Alejandro era el rey nominal, Antípatro permanecía en la posesión del poder efectivo⁵³ y estaba demasiado lejos del frente de combate como para ser eliminado por el rey sin que la estabilidad política y militar de la patria corriera un serio peligro (cf. Badian 197). Desde un punto de vista más pasional, Filotas es susceptible de parecer culpable de conspiración, si se le interpreta bajo la óptica de que quiere

51 “Era considerado como enemigo por la mayoría de sus amigos”. (La traducción es mía, pues la versión de Pejenaute parece demasiado general en cuanto al sentido primero de la palabra *hostis* y al sentido exacto de *plerisque*: “muchos de sus amigos lo juzgaron traidor a su patria”).

52 Como desde hace unos años ha sido demostrado ya por Heckel (1977, 10), quien señaló las posibles valencias implícitas en esta acusación: o bien Alejandro quería quitar de en medio a un poderoso rival o destruir la casa de Parmenión, o bien se trató de un hecho urdido por los propios compañeros de Filotas envidiosos de su poder, como en la versión de Plutarco (2003, 48); o, incluso, se trató de una conspiración real de Filotas por su real ambición del trono.

53 Como nos lo deja ver la correspondencia que otras fuentes atribuyen a Olímpiade, en la que previene a su hijo acerca del poder de Antípatro.

llevar a cabo un intento desesperado que evite la caída de la fortuna de su clan, precipitada por los hechos de la reciente muerte de su hermano; el relevo de su padre de una posición efectiva de combate, y la difícil, tanto como ambigua, posición en la que se empezaron a encontrar los antiguos camaradas de Alejandro en este punto de la campaña (cf. Tarn 1948a, 63).

Teniendo esto en cuenta, y a pesar de lo complejo que es llegar a establecer cuál es la posición de Filotas, lo que sí parece claro es que, tal y como nos lo narra Curcio, el rey Alejandro en este punto de su vida ha convertido sus habituales *continentia* y *moderatio* en *superbia* y *lascivia* (6.6.1). Ello se produce, en parte, por influjo nocivo de las costumbres extranjeras de la monarquía persa, a la que quiso igualar en cosas tan humillantes para macedonios o griegos como la *proskýnesis*, esto es, la adoración regia, y con las cuales sólo demostraba el olvido de las costumbres y de la disciplina de sus orígenes macedónicos (6.6.2)⁵⁴. Ahora bien, sólo después de esta larga y lenta serie de avisos encontramos la primera conspiración seria del texto conservado. Una situación que implica a altos mandos como Filotas y Parmenión, y que es el marco en el cual ocurre la aparición de la última carta del texto⁵⁵.

54 Si el lector quiere ver con más detalle estos cambios que Curcio introduce en la figura de Alejandro, remítase al capítulo 6 del libro VI.

55 Incluso la conspiración se presta para un desarrollo novelesco (cf. Currie) y, en este caso, de novela erótica: “Dymnus, modicae apud regem auctoritatis et gratiae, exoleti, cui Nicomacho erat nomen, amore flagrabat obsequio uni sibi dediti corporis vinctus. 3 Is, quod ex vultu quoque perspici poterat, similis attonito remotis arbitris cum iuvene secessit in templum arcana se et silenda adferre praefatus, 4 suspensumque expectatione per mutuum caritatem et pignora utriusque animi rogat, ut adfirmet iureiurando, quae commisisset, silentio esse tecturum. 5 Et ille ratus nihil, quod etiam cum periurio detegendum foret, indicaturum per praesentes deos iurat. 6 Tum Dymnus aperit in tertium diem regi insidias comparatas seque eius consilii fortibus viris et inlustribus esse participem” (6.7.2-6): “Dimno, que no gozaba ni de gran autoridad ni de gran favor ante el rey, estaba ardientemente enamorado de un querido suyo llamado ‘Nicomaco’, al que se encontraba encadenado por ser el único que disfrutaba de los favores del joven. Dimno, como si fuera presa de una especie de desvarío —lo que se reflejaba también en su rostro—, cogió al joven a solas y se retiró con él a un templo, adelantándole que le iba a dar a

La carta hace parte de la arenga que mantiene Alejandro con su ejército en el proceso contra Filotas, y se lee como una prueba irrefutable de culpabilidad, pues en casos como éstos es la asamblea del ejército macedonio la que debe decidir la suerte del acusado (*cf.* Diadori). El texto de la carta es brevísimo, se reduce a unas cuantas palabras, pero lleno de interesantes cuestiones en materia de interpretación: “Primum vestri curam agite, deinde vestrorum: sic enim, quae destinavimus, efficiemus” (6.9.14)⁵⁶. Partiendo de estas pocas palabras, el argumento central de Alejandro es que la carta ha sido escrita de tal forma que si cae en manos de otros distintos a quienes va dirigida no se entiendan sus alusiones, pero de tal modo que si llega a sus correctos destinatarios se comprenda perfectamente su mensaje y su intención. Tal y como lo dice Alejandro a propósito del texto de la carta, de éste, por sí mismo, no puede desprenderse una prueba de traición, pero si sus palabras se leen en el marco de una posible conspiración, tal y como hace Alejandro, su sentido es claramente punible. Bajo estas circunstancias, el sentido del texto está indisolublemente ligado con el contexto en el que se lo refiera: podemos decir que en mucho es la intención del lector la que posee el sentido del texto y no el texto mismo. Así, ha creado el narrador

conocer unos secretos sobre los que debería guardar completo silencio; ruega al muchacho, al que la impaciencia mantiene en vilo, que, por el mutuo amor que se profesan y por las recíprocas pruebas que de tal amor se han dado, le asegure por juramento que mantendrá en secreto lo que le va a confiar. El joven, persuadido de que Dimno no le habría de comunicar nada que tuviera que revelar ni siquiera a precio de un perjurio, pone a los dioses por testigos de su juramento. Entonces Dimno le descubre que para dentro de dos días hay preparado un complot contra el rey y que él es cómplice del plan junto con hombres aguerridos y de alcurnia”.

56 “En primer lugar, preocupaos de vosotros mismos; después de los vuestros; de esta manera llevaremos a feliz término nuestros planes”. El contexto de elocución de estas palabras es muy interesante. Curcio nos ha elaborado una situación en la que la imagen que se impone es la del propio Alejandro sosteniendo en sus manos la epístola y leyéndola, incluso con cierta teatralidad, dado el carácter de cita literal que él mismo confiere a su lectura, frente al cuerpo del ejército. Es como si por un momento Alejandro se desdoblara y, al tomar el papel del “culpable” Parmenión, fuera él mismo quien conspirara contra su propia vida: otro episodio bien logrado de intenso dramatismo.

un texto que podemos llamar estructuralmente vacío, pues cada cual pone lo que tiene, o lo que necesita, como suele acontecer en los ajustes de cuentas del poder absoluto.

La carta de Parmenión, interpretada de esta forma, nos lleva a las antípodas de lo que fue la actitud inicial de Alejandro con respecto a la carta que en su momento llegó a sus manos en relación con el médico Filipo, reveladoramente escrita por el mismo Parmenión⁵⁷. Tal como se estudió a propósito de esa carta, en aquel momento Alejandro no se fió de una carta claramente incriminatoria, una diferencia fundamental acerca de cómo ahora reacciona al convertir una carta aparentemente inocua en un texto altamente peligroso, casi un arma de destrucción masiva. Desde cierto punto de vista, Alejandro podría haberse encontrado en medio de una desesperada búsqueda de pruebas en contra de quienes quería quitarse de en medio (una prueba más del cambio profundo operado en su carácter en relación con el Alejandro que comenzó la campaña), y de ahí el hecho de que mantenga bajo vigilancia la correspondencia de sus más cercanos, otra de las prácticas bien documentadas de muchos despóticos Césares.

Creemos que el narrador transmite el texto íntegro de la carta para mostrar con qué poco y de qué absurda manera se empeña ahora Alejandro en levantar acusaciones, ya que el contenido de la carta no deja translucir por sí mismo ninguna intención criminal: lo único que esta forma vacía nos deja leer es la preocupación de un padre por sus hijos y por algunos de sus planes comunes. Ahora bien, y si esos acordados planes consistieran en eliminar a Alejandro, recordarlos por medio de una carta es algo completamente inútil. De igual forma, si estos planes se refirieran a cualquier otra cosa, no podría achacarse aquí la menor posibilidad de culpa. Para mayor

57 Es probable que en la mente del narrador haya cambiado también el contenido que a esa altura tenía del personaje Parmenión. Podemos aventurarnos a conjeturar unos cambios que irían desde presentar a un Parmenión celoso en extremo por cuidar la vida de su rey, hasta pensar un Parmenión deseoso de la muerte del monarca.

claridad en la exposición, presentamos ahora el fragmento completo en el que se enmarca el texto de la carta del cual ya se han hecho algunos comentarios introductorios:

13. Epistulam deinde Parmenionis interceptam, quam ad filios Nicanorem et Philotan scripserat, recitat haud sane indicium gravioris consilii praeferebat. 14. Namque summa eius haec erat: “Primum vestri curam agite, deinde vestrorum: sic enim, quae destinavimus, efficiemus”. 15. Adiecitque rex sic esse scriptam, ut, sive ad filios pervenisset, a consociis posset intellegi, sive intercepta esset, falleret ignaros. (6.9.13-15)⁵⁸

Desde el punto de vista lingüístico, podríamos empezar rastreando en el texto ciertas construcciones retóricas, como el particular uso del *sive*, que se usa habitualmente para explicar distintas causas de un fenómeno, al tiempo que le permiten al narrador un pequeño regodeo con los distintos argumentos que pueden esgrimirse para la ejecución de tal o cual resolución, una forma que ya había sido empleada en el pasaje de los griegos mutilados (5.5.10) y que, al ser puestos en libertad, discuten acerca de la conveniencia o no de volver a la patria (*cf.* Leiwo). Igualmente toda la carta puede ser vista como una sentencia, al estilo de esas pequeñas *gnome* de las que conocemos que eran algo usualmente empleado en el aprendizaje de las *Litterae*.

Ahora bien, junto a los anteriores aspectos, lo primero que se nota es la postura escéptica del narrador acerca de la supuesta conspiración. Así, y con el hecho de que Curcio adjudica un carácter inocuo

58 “A continuación leyó una carta, interceptada, de Parmenión a sus hijos Nicanor y Filotas que en realidad no dejaba traslucir síntomas de sedición; en efecto, su contenido venía a resumirse en esto: ‘En primer lugar, preocupaos de vosotros mismos; después de los vuestros; de esta manera llevaremos a feliz término nuestros planes’. El rey añadió que la carta estaba escrita de tal manera que si llegaba a manos de los hijos, éstos, como cómplices, pudieran comprender el contenido de la misma, pero, si era interceptada, pasara inadvertido a los que no estaban al corriente de la situación’.

a la carta, el narrador está acusando implícitamente a Alejandro de injusto y sanguinario. Curcio, con la puesta en escena de la abierta manipulación de la información de la carta que hace Alejandro, y, en general, con el comportamiento del rey a lo largo de todo el proceso Filotas, empieza a delinearlos un rey que se ha vuelto más la imagen de un déspota, egoístamente preocupado por su vida, en medio de aquéllos para quienes ha empezado a hacerse odioso, antes que la del rey caballeroso que nos mostró en los primeros libros conservados de la obra.

Derivado de ello, y de las conclusiones funestas que Alejandro saca de una carta tan breve e inocente cual la de un padre preocupado por sus hijos, se nos muestra a un rey que “se convierte en un déspota, degenera en sus costumbres, asesina a sus compañeros, se dedica a juzgar a sus antiguos camaradas de armas e instala una atmósfera de espionaje, conspiraciones y sospechas que no resultaba nada ajena a la corte de Roma” (Fernández y Moreno 55). Narratológicamente hablando, esto muestra el cambio de interés que se ha operado en el texto. En este punto de los acontecimientos, ni Darío ni sus Sátrapas ofrecen dinero alguno por la cabeza del rey, y de ahí que, narrativamente, los nuevos combates y peligros se hayan trasladado hacia el interior de la Corte.

El narrador nos da en este episodio un caso en el que vemos claramente que el verdadero depositario del sentido de un texto es quien lo lee (en este caso Alejandro, y que lo lee además desde una lectura interesada)⁵⁹. Lo que ha hecho Alejandro con un texto, en apariencia inocuo, es cargarlo con el sentido que quiere darle para que le sirva a sus propios fines en relación con Filotas. Alejandro ha orientado la lectura que deben hacer sus soldados para juzgar a Filotas⁶⁰ y, por medio de ese ejercicio de recepción, consigue su ob-

59 Nos podemos preguntar: ¿acaso qué lectura no lo es? Bien se ve en el pasaje 17.39.2 de Diodoro a un Alejandro que falsifica una carta de Darío y que escribe una más acorde con sus intereses para presentarla a sus consejeros y así obtener de ellos lo que quiere. Una bien interesada y manipulada lectura-escritura.

60 Puesto que se trata de la imposición o no de una pena capital a un miembro del ejército macedonio, sólo es la asamblea en pleno de los soldados, presidida

jetivo sin pasar abiertamente por un déspota autocrático a los ojos de la tropa, aunque con más dificultad pasa la prueba a los ojos del lector tal y como se nos narra todo el episodio.

Lo que la carta nos revela es la postura personal de Alejandro, previamente inculpativa contra Filotas, al tiempo que se muestra así la enorme distancia que el narrador toma en cuanto a esta postura de su héroe. Para Curcio, Filotas no es culpable de un intento de traición, como nos lo muestra por otros varios elementos del proceso, sino que es Alejandro el culpable de sentirse inseguro ante Filotas y el inmenso poder de su padre Parmenión al frente del poderoso cuerpo del ejército acampado en la región de la Media (cf. Atkinson 1994). La carta ha sido creada, antes que para ser una prueba de la culpabilidad de Filotas, para ser una prueba de la verdadera crueldad y, por lo tanto, culpabilidad de Alejandro ante la conciencia del lector. Alejandro hace una interpretación culpable de la carta porque a su vez se siente culpable de haber incitado con su actitud un complot contra su vida. De este modo, la interpretación culpable de la carta es, al mismo tiempo, la prueba de la culpabilidad del propio Alejandro, ya que, si pensamos que la carta de Parmenión a Nicanor y Filotas contiene pasajes comprometedores, es absurdo que un avezado general no intentara cifrarla de alguna manera⁶¹. Curcio compuso esta carta para mostrar la parcialidad de Alejandro cuando de buscar pruebas en contra de potenciales enemigos poderosos se trata. El rey ya no es el personaje temerario y valiente que encontramos al comienzo de la obra: se ha convertido en un personaje cobarde para quien conservar la propia vida, al precio que sea, se ha vuelto su principal objetivo.

Desde el punto de vista práctico, al tener que eliminar a Filotas también hay que eliminar a Parmenión, o bien, desde otro ángulo, la mejor forma de eliminar a Parmenión es eliminando primero a

por el rey, la que tiene plena competencia para dictar un veredicto.

61 Al menos cambiando de lengua, como sabemos que Cicerón hizo en ciertos pasajes delicados de su correspondencia para evitar las intrigas de algunos curiosos mensajeros.

Filotas. Alejandro sabe que tiene que quitar de en medio a Parmenión por el poder que éste maneja y el gran ascendiente que tiene sobre las tropas (como se demuestra en varios episodios de armas), pues, de lo contrario, la ofuscación del padre al conocer la muerte ignominiosa de su hijo hubiera precipitado los hechos a una especie de guerra civil. La carta tiene que ser leída tendenciosamente con el fin de implicar también en la culpa a Parmenión y poder así eliminarlo usando el pretexto de una causa en apariencia justa. Desde este punto de vista, la culpa y el crimen están sólo en la propia conciencia de Alejandro, que se ve a sí mismo merecedor de las conjuras de sus subordinados por causa del cambio que ha experimentado al derivar hacia las costumbres persas. Alejandro se encuentra aterroizado y ahora teme más las asechanzas provenientes de su propio ejército que las de los enemigos, algo que le sucede a muchos de los Césares.

El uso abusivo de la carta justifica luego las palabras de quienes están en contra de Alejandro: “Nos vero, —inquit— quoniam, quasi nescias, quaeris, occidendi te consilium inimus, quia non ut ingenuis imperare coepisti, sed quasi in mancipia dominaris” (8.7.1)⁶², y que llevan el desarrollo narrativo hasta el asesinato de Clito. Con su muerte, y tras haber eliminado en su golpe anterior a toda la casa de Parmenión, se da vía libre para que la faceta despótica de Alejandro al estilo oriental aparezca en toda su miseria (*cf.* Rufus Fears 1974b). Con razón, comenta Quinto Curcio que el asesinato de Clito fue el comienzo del final de la libertad (*cf.* Badian 198).

La comparación con la forma como otras fuentes nos narran el proceso Filotas es sumamente reveladora: en ninguna de ellas aparece empleada una carta con un fin tan dramático como en la versión de Curcio. Este hecho puede hacernos pensar que la carta aparece no sólo para reforzar el efecto patético de todo el episodio, sino que también delinea un Alejandro que se comporta de forma

62 “Puesto que nos lo preguntas como si no lo supieras, hemos planeado asesinarte porque ya no nos gobiernas como a libres sino que nos dominas como esclavos”.

tan pusilánime, y ello es un elemento que amplía el marco hermenéutico. A partir de los hechos que se desencadenan a través de tan amañada prueba, no es difícil que un lector del siglo I estableciera interesantes paralelismos con sus propios gobernantes. ¿Cuánta de esta hipocresía y afectación del peor Calígula tiene el Alejandro que lleva a cabo el proceso de condena a Filotas? ¿Cuánto de la conocida, criticada y transmitida *simulatio* de Tiberio? ¿Cuánto del propio Nerón? (cf. Rufus Fears 1976). Al margen de intentar encontrar una respuesta en concreto a estas preguntas, sí parece seguro que el narrador de la época imperial debía tener en su mente varios posibles e históricos ejemplos de hombres poderosos que se habían librado de sus enemigos mediante lecturas tendenciosas de ciertos documentos, basadas en la interpretación que usualmente los poderosos hacen de los actos de sus enemigos.

Esta carta, la última que encontramos en el texto, de alguna forma enmarca también el final narrativo del mismo, aunque nos encontramos aún lejos de las campañas de la India y del frustrado retorno a Macedonia del rey por su muerte súbita: entendemos que todo el *affaire* Filotas, comprendido como la culpabilidad que Alejandro ve en sus antiguos generales, es un presagio de las luchas intestinas de los Diádocos que empiezan a suceder justo después de su muerte, y de las que Curcio algo narra también al final del texto conservado en el libro X⁶³.

Conclusión

Las cartas sirven en este texto a fines muy polivalentes. En primer lugar, se ponen al servicio de una pintura de caracteres: se encuentran ellas diseminadas por el texto y, aunque en pequeñas

63 Que el narrador nos lleve al punto de mostrarnos a un odioso Alejandro, digno de las conjuras de sus antiguos amigos, nos lleva a pensar que el narrador creía que Alejandro fue envenenado, aunque no lo diga abiertamente (por peligro, quizá, a que se entendiera muy bien esta referencia de ciertos hábitos de la época imperial).

dosis (como los venenos de Livia), aportan un tono absolutamente diferente a esta forma de escribir la historia que la crítica filológica con justeza ha llamado “trágica”. De igual forma, las cartas también nos han evidenciado los dos extremos del carácter de Alejandro. De ahí que hayamos visto una de ellas, claramente inculpativa, a la cual no hizo caso, y llegamos a otra (también de Parmenión, y no por coincidencia) que no tenía ningún tipo de asechanza aparente pero en la que se creyó sin duda. Por medio de este procedimiento se ve que Curcio utiliza las cartas para mostrar los cambios de carácter de su personaje central. En este sentido, Curcio se deslinda del diseño de personajes clásicos al modo de la epopeya (de donde, sin duda, tomó su modelo), la mayor parte del tiempo incólumes, y nos muestra unos caracteres que son inestables y cambiantes, al mejor estilo de los de la novela moderna. De ahí puede concluirse que las cartas no son creaciones hechas para transmitir exclusivamente informaciones entre los interlocutores, sino para generar un efecto en el lector, quien es el espectador de dichos cambios.

Las cartas son también poderosos vehículos ideológicos. Ellas crean mundos que se sostienen por sí mismos y nos revelan sutilezas del texto que no podrían ser apreciadas de otra forma. Ellas le han permitido al narrador dos cosas fundamentales: tener presente la palabra de los personajes ausentes, manteniendo la tensión que aparece cuando se muestran episodios en los que intervienen muchos personajes, y poner de manifiesto de qué forma puede manipularse la palabra de quien no puede sostenerla con su presencia (tal como nos lo demostró la carta interceptada entre Parmenión y sus hijos, Nicanor y Filotas, ante la cual el narrador se muestra claramente escéptico de la culpabilidad de estos personajes).

Las cartas revelan que la intención del narrador va más allá del mero entretenimiento y el efectismo *light* de la época imperial, pues constituyen una crítica certera del Estado, encarnado en la figura sobresaliente del Emperador. Precisamente en la época imperial, la propaganda hizo que la figura del Emperador se viera al modo de un nuevo Alejandro Magno, mientras que en el plano de la vida diaria

se buscaba desesperadamente un intenso alivio a los paradójicos perjuicios del *otium*, en el contexto de gran parte de la mentalidad romana. En ese sentido, el estudio de las cartas nos revela que la posible intención de su composición fue la de generar cierto estado mental de crítica política. Así, y aun a pesar de que busque en la lectura de los hechos de Alejandro simple fruición o un escape a la tensa situación política de su ámbito, el lector, el de aquella época o el de hoy, regresa consciente de la miseria del poder por efecto del encuentro con una obra de arte bien lograda.

Ahora bien, el análisis detallado de algunas cartas, de las que Curcio nos dejó en forma directa o indirecta, total o parcialmente su posible texto, nos revela que ninguna de ellas puede ser considerada real, en ninguno de sus puntos concretos de contenido, aunque algunas de las informaciones generales que contengan puedan haber sido realmente hechos de carácter histórico como las menciones de otras fuentes ponen de manifiesto⁶⁴. De esta forma, en cuanto al contenido de las cartas, intentar establecer cuáles de ellas son más o menos verídicas o históricas, entendiéndolo por ello las que menos responden a necesidades narrativas sino que presentan una estructura independiente, constituye una vía inadecuada de análisis, dado que no sólo fue la intención del autor transmitir documentos de las campañas de Alejandro, sino también crear un relato verosímil y apasionante. Sin duda, este texto “ha cumplido con su finalidad, que era la de servir de pasatiempo” (Bieler 273-274), pero ha superado este logro, importante sin duda, al cuestionar la autocomprensión no sólo del lector de la época imperial, sino de quienes todavía hoy piensan que permanecen ajenos a los oscuros manejos del poder.

64 Sobre todo los referidos a las cláusulas de los posibles pactos que en el curso de la guerra propone Darío a Alejandro.

Obras citadas

Textos de Quinto Curcio

- Curcio Rufo, Quinto. 1947/2003. *Histoires*. Edición y traducción de H. Bardon. París: Les Belles Lettres.
- Curcio Rufo, Quinto. 1986. *Historia de Alejandro Magno*. Introducción, traducción y notas de F. Pejenaute Rubio. Madrid: Gredos.

Estudios sobre Quinto Curcio y su obra

- Albrecht, Michael von. 1994/1999. "Curcio". En *Historia de la literatura romana*, 995-1005. Barcelona: Herder.
- Atkinson, John E. 1980. *A Commentary on Q. Curtius Rufus' Historiae Alexandri Magni*. Libros 3 y 4. Amsterdam: J. C. Gieben Publisher.
- Atkinson, John E. 1994. *A Commentary on Q. Curtius Rufus' Historiae Alexandri Magni*. Libros 5 a 7.2. Amsterdam: Classical Association of South Africa.
- Atkinson, John E. 1998. "Q. Curtius Rufus' Historiae Alexandri Magni". En *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, 34.4, 3447-3483. Berlín, Nueva York: Walter de Gruyter & Co.
- Bardon, Henri. 1947a. "Quinte-Curce". *Les Études Classiques* 15: 3-14.
- Bardon, Henri. 1947b. "Quinte-Curce Historien". *Les Études Classiques* 15: 120-137.
- Bardon, Henri. 1947c. "La valeur littéraire de Quinte-Curce". *Les Études Classiques* 15: 193-220.
- Bosworth, Albert Brian. 1983. "History and Rhetoric in Curtius Rufus". *Classical Philology* 78: 150-161.
- Currie, H. MacL. 1990. "Quintus Curtius Rufus: The Historian as a Novelist?". En vol. 3 de *Groningen Colloquia on the Novel*. Edición de H. Hofmann, 63-77. Groningen: State University of Groningen.
- Devine, A. M. 1979. "The Parthi, the Tyranny of Tiberius and the Date of Q. Curtius Rufus". *Phoenix* 33: 142-159.
- Diadori, Pierangela. 1981. "La rappresentazione della massa nell'opera di Q. Curzio Rufo". *Maia* 33: 225-231.

- Fernández Corte, José Carlos. 1999. "Ficción en la Historia Alexandri de Quinto Curcio Rufo: la anécdota del médico Filipo en comparación con Arriano y Plutarco". *Exemplaria* 3: 1-15.
- Hamilton, J. R. 1988. "The Date of Quintus Curtius Rufus". *Historia* 37, n.º 4: 445-456.
- Heckel, Waldemar. 1977. "The Conspiracy against Philotas". *Phoenix* 31, n.º 1: 9-21.
- Heckel, Waldemar. 1978. "Leonnatos, Polyperchon and the Introduction of Proskynesis". *American Journal of Philology* 99: 459-61.
- Leiwo, Martti. 1996. "Language Attitude and Patriotism". *Arctos* 30: 121-137.
- McKechnie, Paul. 1999. "Manipulation of Themes in Quintus Curtius Rufus Book 10". *Historia* 48, n.º 1: 44-60.
- McQueen, El I. 1967. "Quintus Curtius Rufus". En *Latin Biography*. Edición de T. A. Dorey, 17-43. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Milns, R. D. 1966. "The Date of Curtius Rufus and the Historiae Alexandri". *Latomus* 35: 490-507.
- Moreno, Isabel. 1997. "Quinto Curcio". En *Historia de la literatura latina*. Edición de C. Codoñer, 529-536. Madrid: Cátedra.
- Rufus Fears, J. 1974a. "Parthii in Q. Curtius Rufus". *Hermes* 102: 623-625.
- Rufus Fears, J. 1974b. "The Stoic View of the Career and Character of Alexander the Great". *Philologus* 118: 113-130.
- Rufus Fears, J. 1976. "The Solar Monarchy of Nero and the Imperial Panegyric of Q. Curtius Rufus". *Historia* 25, n.º 4: 494-496.
- Tarn, William Woodthorpe. 1948a. "Quintus Curtius Rufus". En vol. 2 de *Alexander the Great*, 91-116. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tarn, William Woodthorpe. 1948b. "Curtius' Use of Diodorus". En vol. 2 de *Alexander the Great*, 116-122. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tarn, William Woodthorpe. 1948c. "The Speeches in Arrian (and Some in Curtius)". En vol. 2 de *Alexander the Great*, 286-296. Cambridge: Cambridge University Press.
- Thérasse, Jean. 1968. "Le moralisme de Justin (Trogue-Pompée) contre Alexandre le Grand. Son influence sur l'ouvre de Quinte Curce". *L'Antiquité Classique* 37: 551-588.

Thérasse, Jean. 1973. "Le jugement de Quinte-Curce sur Alexandre. Une appréciation morale indépendante". *Les Études Classiques* 41: 23-45.

Sobre teoría epistolar

- Antón, Beatriz. 1996. "La epistolografía romana: Cicerón, Séneca y Plinio". *Helmantica* 142-143: 105-148.
- Castillo, Carmen. 1974. "La epístola como género literario: de la Antigüedad a la Edad Media latina". *Estudios Clásicos* 18: 427-442.
- Gallé Cejudo, Rafael J. 1994. "La carta ficticia griega y el diálogo". *Excerpta Philologica* 4-5: 41-61.
- Malherbe, Abraham J. 1988. *Ancient Epistolary Theorists*. Atlanta: Scholars Press.
- Suárez de la Torre, Emilio. 1988a. "Epistolografía". *Historia de la literatura griega*. Edición de J. A. López Férez, 1144-1152. Madrid: Cátedra.
- Suárez de la Torre, Emilio. 1988b. "Ars epistolica. La preceptiva epistolográfica y sus relaciones con la retórica". En *Estudios de drama y retórica*. Edición de G. Morocho, 177-204. León: Universidad de León.

Otras fuentes clásicas sobre Alejandro Magno, epistolografía y retórica

- Arriano. 1982. *Anábasis de Alejandro Magno*. Introducción de A. Bravo García. Traducción y notas de A. Guzmán Guerra. Madrid: Gredos.
- Calístenes [pseudó]. 1977. *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*. Traducción, prólogo y notas de C. García Gual. Madrid: Gredos.
- Plutarco. 2003. *Alejandro y César*. En *Vidas paralelas*. Edición de E. Crespo. Madrid: Cátedra.
- Plutarco, y Diodoro Sículo. 1986. *Alejandro Magno*. Edición de A. Guzmán Guerra. Madrid: Akal.
- Salustio [pseudó]. 1997. *Cartas a César. Inectiva contra Cicerón*. Introducción, traducción y notas de B. Segura Ramos. Madrid: Gredos.
- Teón, Hermógenes y Aftonio. 1991. *Ejercicios de retórica*. Introducción, traducción y notas de M. D. Reche Martínez. Madrid: Gredos.

Bibliografía complementaria

- Badian, Ernst. 1964. *Studies in Greek and Roman History*. Oxford: Basil Blackwell.
- Bieler, Ludwig. 1971. *Historia de la literatura romana*. Madrid: Gredos.
- Bosworth, Albert Brian. 1971. "The Death of Alexander the Great: Rumour and Propaganda". *Classical Quarterly* 21: 112-136.
- Bosworth, Albert Brian. 1980. *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander (Commentary on books I-III)*. Vol. 1. Oxford: Oxford Clarendon Press.
- Fernández Corte, José Carlos. 1987. "Novela". En *Géneros literarios latinos*. Edición de C. Codoñer, 41-55. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Fernández Corte, José Carlos, y Antonio Moreno Hernández. 2001. *Antología de la literatura latina*. Madrid: Alianza.
- Fernández Galiano, Manuel. 1985. "Tipología de los problemas de autenticidad en las literaturas clásicas". En *Estudios sobre prosa griega*. Edición de G. Morocho, 77-79. León: Universidad de León.
- Finley, Moses I. 1985/1986. *Historia antigua (problemas metodológicos)*. Barcelona: Crítica.
- García Gual, Carlos. 1995. *La Antigüedad novelada*. Barcelona: Anagrama.
- Moreno, Isabel. 1987. "Historia y biografía". En *Géneros literarios latinos*. Edición de C. Codoñer. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Moreno, Isabel. [s. f.]. *Historiografía latina*. Documento electrónico cedido por cortesía de la autora.
- Pearson, Lionel. 1960. *The Lost Histories of Alexander the Great*. Londres: The American Philological Association.
- Seibert, Jakob. 1972. *Alexander der Grosse*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.